

**Audiolibro Cuerpos Y Almas M Van  
Der Mersch Libro Segundo Segunda  
Parte Cap Tulos 4 Al 5**

**Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu). These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.**

**Contacto [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) ¡Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!**

Texto enviado por - **Duke Padilla** (*West Islip*) - - - - - CAPÍTULO Cuarto. —Saint-Jean d'Angely —exclamó Guerran soltando una mano del volante del coche para señalar en el horizonte el pueblo que apenas se columbraba con las blancas torres gemelas de su iglesia nunca terminada. A través de la portezuela del coche, Fabienne contemplaba, extasiada, la belleza de la Saintonge, esa llanura de suaves ondulaciones sembrada de bosques y viñedos entre inmensos trigales y verdes prados. Hacía un calor sofocante. Una luz violenta bañaba el paisaje hasta la caliginosa lejanía esfumada por un vaho amarillento. Entre esa vasta perspectiva de tierras opulentas y apacibles, Saint-Jean se elevaba cansinamente en un recodo profundo por donde discurría el Boutonne, evocando con sus casas enjalbegadas, sus techumbres y sus grandes y redondas tejas, el aspecto de una ciudad provenzal. A medida que avanzaban, Fabienne veía el pueblo agrandándose a sus ojos. Penetraron en él por una ancha avenida y atravesaron una plaza donde unas palmeras ofrecían una nota de exotismo. No tardaron en llegar al centro del pueblo donde convergían blancas callejas, bañadas por el sol, bordeadas de estrechas aceras por las que discurrían calmamente gentes desocupadas que regresaban del juego de bolos o se encaminaban a la plaza para el aperitivo de la noche. Guerran, para sorprender a Fabienne, enfiló un dédalo de callejuelas y detuvo el coche frente a la antigua iglesia de Saint-Jean-d'Angely, una singular, inmensa y espléndida basílica comenzada a construir dos siglos antes, abandonada en tiempos de la Revolución y que jamás será terminada. Fabienne se apeó. Sola, dio la vuelta al edificio, entró y desde el arca del altar mayor echó una ojeada al interior. Era una extraña y espaciosa ruina, intacta, inacabada, corroída aquí y allá antes de haber servido; blanca, muy blanca, clara, una catedral decapitada donde un sol deslumbrante proyectaba una luz alegre y cegadora, una luz mediterránea, como sobre un templo del Acrópolis. Aquella ruina era casi gaya. No se notaba en ella la grisalla, la pátina sombría propia de Amiens, Reims y Nuestra señora de París. Había allí la luz, la blancura, la nitidez de una ruina antigua. Pero en medio de aquella claridad, en la pureza de aquella brisa bonancible, entre el azul del cielo y la albura de las piedras, revoloteaban acá y acullá, graves y cachazudos, negros pajarracos de alas crujientes, cornejas y cuervos anidados bajo las bóvedas y que con vuelo torpe, acompañándose de roncós y salvajes graznidos, se elevaban y se perseguían, bajo aquella inmensidad luminosa, como grandes y siniestras sombras. Fabienne se detuvo largo rato contemplándolos. En medio de su alegría aquellos tenebrosos pajarracos parecían traerle un mensaje. Buscaba en ello un símbolo sin acertar a definirlo. Cuando volvió a subir al coche, Guerran la reprendió ligeramente por su retraso. Salieron del pueblo por la carretera de Poitiers, y tras un par de kilómetros de marcha, enfilaron a la derecha en Saint-Julien, un angosto camino que discurría a través de un bosque y atravesaron por un puente un río de aguas claras y rápidas que Guerran nombró: —El Boutonne. Dieron un breve viraje, traspusieron la alta verja y penetraron en el espacioso patio de un enorme edificio mitad granja, mitad castillo, de techumbre plana, estrechas ventanas con los postigos entornados y muros enjalbegados con argamasa, por los que trepaba una parra. Una avenida de arenilla, que contorneaba el patio, delimitaba un verde césped donde crecían algunas plantas grasas. Ante la escalinata de la casa, dos masas de tupido follaje y dos tilos centenarios parecían proyectar en la fachada un suave frescor. A uno y otro extremo del patio se hallaban la vivienda del aparceró, los establos y los trojes. Pasó una moza llevando unos cubos de leche. Oíase el mugido de unas vacas. Una anciana mujer apareció en la puerta de la casa y dio la bienvenida a los nuevos moradores. Condujo a Fabienne de la cocina al salón y luego a los aposentos, grandes y escasamente amueblados, sumidos en la penumbra, de paredes encaladas, rústicos pavimentos de encina, limpios y brillantes por siglos de

pintura al encausto, con techos entrelazados de vigas y espléndidos armarios antiguos con largas cerraduras de hierro forjado. Fabienne aspiró el fragante perfume de las sábanas, de recia tela hilada a mano. Abrió la ventana y paseó la vista por el parque, el césped, el abigarramiento de pinos, los secoyas, los cedros, las palmeras y los bancales apenas visibles bajo la madreselva, la ampelopsis y la yedra. Más allá se veía un huerto, un vergel, y, más lejos aún, praderas, bosques y vastas extensiones de hierba donde pacían rebaños de vacas negras y blancas. Y en medio de todo ello, ora despejado y argentado cual una serpiente bajo el sol, ora oculto tras la espesura de los árboles, ora embriado por la esclusa de un molino y surgiendo bajo los álabes en medio de un hervor de espuma, el río Boutonne proseguía su jubiloso curso. Fabienne midió con la vista la extensión de su nuevo dominio, imaginó el campo de descubrimientos que se le ofrecían y bajó por la amplia, brillante y sonora escalera para compartir su entusiasmo con Olivier Guerran y llevárselo al huerto a hacer acopio de ensalada. Por las mañanas Guerran solía levantarse tarde. Desayunaba en la cama... Y Fabienne le apostrofaba: —¿No te da vergüenza? Te has perdido un hermoso espectáculo. La neblina flotando sobre el Boutonne. Y el rocío. Un verdadero espolvoreo de plata. Vamos, ven a ayudarme a recoger las habas... Guerran, después de haberse lavado, en mangas de camisa, pantalón de franela y alpargatas, tocado con un viejo casco colonial con visera de mica, siguió en pos de Fabienne, cargado con un gran cesto que ella iba llenando con rábanos, calabacines, espárragos, alcachofas, habas y lechugas. Fabienne iba de un lado a otro y atiborraba el cesto sintiéndose como transportada ante aquella abundancia, aquella opulencia de la tierra. Con su vaporoso vestido blanco, moteado de florecillas azules, las piernas desnudas, y el enorme sombrero de paja para proteger del sol su rostro todavía afilado y ligeramente pálido, Fabienne parecía una salvajina. Todo lo había olvidado: Angers, París, la clínica, las preocupaciones, las angustias. Colgábase de la rama de un ciruelo para sacudirlo. Y mientras estallaba en risotadas, Guerran contemplaba cómo bajo la piel de sus brazos juveniles dibujábanse los músculos finos y tensos. «¡Si esto pudiera durar siempre!», pensaba. Al regresar, almorzaban dulcemente envueltos por la fresca penumbra del vasto comedor, a través de cuyas ventanas entornadas penetraba un deslumbrante rayo de sol. Luego Guerran, armado de una caña de pescar, se iba junto al canalillo del molino. A su lado, Fabienne, tendida boca abajo sobre la hierba, buscaba renacuajos en espera del momento de zambullirse en el agua. Después del baño, de una hora de natación en el agua transparente y helada del Boutonne, bajo las bóvedas umbrosas de los álamos y los tilos, Fabienne y Olivier Guerran paseaban hasta el anochecer a campo traviesa, adentrándose por atajos perdidos entre tupidos y verdes setos y alcanzando, tras largos rodeos, envuelta en una atmósfera resplandeciente y ardorosa, la áurea llanura, abrasadora, en que a ras del suelo parece el trigo rubión, seco e inmóvil, inclina sus gruesas y grávidas espigas. Fabienne y Guerran regresaban al caer de la tarde, al mismo tiempo que el rebaño de la granja, una masa grisácea que irrumpía en tromba por atajos y vericuetos y a la que zarandeaban con breves ladridos unos perrazos negros de sanguinolento hocico. En la cocina, la sirvienta había encendido unos leños, pues en cuanto declinaba el día un frío húmedo parecía expandirse del Boutonne. Olivier y Fabienne cenaban al calor de la lumbre. Las ramas del tilo y del álamo, tiernos todavía, exhalaban un efluvio agrio, silvestre, el olor amargo de la savia. Fabienne alimentaba el fuego con manojos de bellotas. Acompañado de chisporroteos y resplandores de incendio, un torrente de llamas subía por la chimenea. Afuera, se extendía la noche y se oscurecía la masa de los tilos bajo el azulado terciopelo del cielo. Mugía una vaca. En una cuadra un caballo parecía querer desprenderse de la cadena que lo sujetaba en cuclillas sobre los ladrillos, junto al insoportable y refulgente brasero, Fabienne se calentaba hasta tostarse las piernas. Llegaba del hogar un rechinamiento apenas perceptible, regular, melancólico, monótono, el cri-cri de un garillo, que se sentía como Fabienne, contento y a sus anchas. Fabienne se acordaba entonces de cuando era pequeña. Su padre se había ido de viaje, muy lejos. Ella lloraba y todas las noches había llegado a sus oídos un extraño y leve sonido: un grillo cobijado en una grieta abierta en pared le había cantado cada noche su triste estribillo. «Eso trae suerte» había dicho Mariette. Desde entonces, todas las noches, Fabienne había esperado y escuchado, esperanzada, la sempiterna música del insecto... «Suerte...». Eso significaba que su padre regresaría pronto. Y así fue, Doutreval volvió más pronto de lo que él mismo pensaba. Desde aquel día, Fabienne no había vuelto a oír el cri-cri. Ahora que se había disipado la ansiedad, el grillo había dado por terminada su tarea; no era ya necesario que se constituyera en mensajero de esperanza... Junto al hogar, Fabienne se extasiaba oyendo la singular musiquilla. Rememoraba viejos recuerdos y emociones de sus días infantiles y, contenta sin saber por qué, llenaba su alma de inexplicables y consoladoras esperanzas. Dos veces por semana telefoneaba Guerran a Angers para que Legourdan y sus secretarios le informaran de los asuntos pendientes de mayor importancia. Todo marchaba bien. A fines de la tercera semana, sin advertir a Fabienne, se trasladó a Saint-Jean desde donde telefoneó a París-Plage. Allí pasaban temporadas Julienne y sus hijos. Charles y Micheline. Tras dos horas de espera consiguió la comunicación. Al instante reconoció la voz tajante de Julienne. —¿Eres tú, Julienne? —Sí. —¿Qué tal los niños? —Bien. —¿Sabes que iré a verte dentro de dos días? —Mucho has tardado en decirte. —Pienso estar toda la semana con vosotros. —Creo

que ya nos toca. —¿Cómo? —¿Dónde estás? —¿Dónde estoy? —Sí. ¿Desde dónde me telefoneas? —Pues... desde Angers —dijo sintiéndose atrapado—. Desde mi despacho... —Charles ha ido a Angers para verte, y tú no estabas. —Creo que tengo el derecho de ir a ver a mis colegas de París. —¡Ja! ¡Ja! —exclamó Julienne desde el otro extremo del hilo. —¿Tienes o no interés en verme? —¡Pues claro! Soy yo quien irá a verte. —¿Qué vendrá a verme? —exclamó Guerran. —Sí. Espérame. Salgo para Angers. Llegaré esta noche. —¿Esta noche? —Pero... yo no estaré esta noche. Me marcho. Debo partir en seguida —¡Ja! ¡Ja! —rió de nuevo Julienne. Guerran perdió los estribos. —¡Dios...! vete a hacer gárgaras. Volverás a verme cuando a mí se me antoje. ¡Buenas noches! Se fue a pie a Saint-Julien. Estaba furioso. Con una rama recogida en el camino golpeaba los macizos de hierba que bordeaban la ruta. Y se decía: «¡Qué imbécil soy! No me iré. ¡Vaya estupidez la mía con esa tranquilidad de que gozo aquí, con esa dicha. ¿Por qué tengo que acudir allí? Me está bien empleado por haber hecho esas combinaciones sin decir nada a Fabienne». La imagen de Fabienne acudió a su mente. Evocó su rostro juvenil, sus brazos finos, su ternura apasionada, fiel, abnegada, segura... Asaltado por remordimientos, embargado por una extraña emoción, aceleró el paso al encuentro de Fabienne, como si se dirigiera a un refugio. La encontró detrás de la casa, en el parque, leyendo bajo la sombra moteada de claros de luz que esparcían los altos y negros pinos de troncos esbeltos. Al verlo, Fabienne dejó el libro, se levantó y se dirigió hacia Guerran quien la estrechó en sus brazos. Un gozo misterioso le invadía el corazón. Se daba cuenta de la juventud de Fabienne y de la entrega total que hacía de su persona. Mas, llegada la noche, junto al hogar, pensó en Micheline. Y midiendo las palabras se aventuró a decir: —¡Es un fastidio, pero tendré que dejarte sola algunos días! —¿Negocios? Agarróse instintivamente a aquella posibilidad de mentirle. —Sí... sí... He telefonado al despacho. Legourdan me necesita. Es un pelma. Si supieras lo que esto me fastidia. —¡Qué le vamos a hacer, Oliver! Si es necesario... —¡Cuánto lo siento! —No tiene importancia. —Para ti. —¡Qué malo eres! No te pido que me escribas. Pero todas las tardes, cuando hayas terminado el trabajo, hacia las ocho o las nueve... —¿Qué? —Pues a las nueve, te retirarás a tu despacho, solo, completamente solo, y pensarás cinco minutos en mí. Y yo, a la misma hora, me sentaré aquí, y sabrás que también yo pienso en ti. ¿De acuerdo? —¡De acuerdo! —De este modo tendremos la impresión de estar todavía juntos. Nos sentiremos uno al lado del otro. Vamos, no estés triste. Los días pasan aprisa y volveremos a encontrarnos... Una semana pasa pronto... Puesto que no puede evitarse, no desfallezcamos. Y Guerran se dejó consolar. A través de Normandía, por carreteras interminables, rectas, bajo la sombra de árboles espléndidos, el coche, lanzado como un rayo rodaba a noventa por hora con una marcha sostenida, con una velocidad monótona. Guerran, al volante, tarareaba viejas canciones y romanzas. Rouen, luego Abbeville y llegaría al término de su viaje. Iba a ver a Micheline. Con esas canciones de su juventud apenas susurradas, su corazón parecía estallar. Había dejado ya de pensar en Fabienne... Había salido de Saint-Jean d'Angely la víspera, pernoctado en Angers y reanudado su marcha a la madrugada. Hizo en Rouen un almuerzo frugal, rociado con una caña de cerveza en uno de los cafés sitos en las márgenes del Sena, cerca del gran puente. Luego reanudó el viaje. No habían dado las dos. Por la carretera de Abbeville aceleró aún la marcha. En menos de dos horas llegó a Etaples y tras cruzar el amplio lecho enarenado de la Canche alcanzó París-Plage, con sus quintas semiocultas entre los pinos y sus amplias avenidas, por donde galopaban caballos pura sangre montados por elegantes amazonas. A la izquierda elevábase el Picardy, el nuevo hotel en vía de construcción, con sus complicados andamiajes y sus masas de cemento armado junto a las cuales se veían moverse minúsculas hormigas humanas. Guerran se detuvo frente a la plaza circular en la que se erguían el Casino y l'Ermitage. Reconoció al Casino, cuya fotografía le había mostrado Micheline antes de partir. Sabía que la villa se encontraba en dirección izquierda. Un guardia urbano, con el aire de agente de policía inglés, cosa no sorprendente en esa región en que todo parece a propósito para que los ingleses se sientan como en su país, le indicó el camino. The Daffodils, la villa alquilada por Julienne, sentaba sus reales bajo un fondo de delgados pinos y de dunas, circuida por un césped de extraordinario verdor, luciendo su fachada normanda y sus techumbres de pequeñas y descoloridas tejas. El coche de Guerran penetró en el parque y se detuvo ante la «logia», exornada con enormes rosales que parecían disimular la entrada. Guerran descendió del automóvil. Bajo la «logia», circundado por rocas artificiales cubiertas de plantas acuáticas, elevábase un pequeño surtidor. El suelo estaba pavimentado con grandes losas cuyas juntas se hallaban cubiertas de musgo. Cuando Guerran entró en el vestíbulo y luego en el salón, en blanco y en rosa, desde la alfombras hasta las coquetonas pantallas bajo las cuales se ocultaban las luces de la araña, comprendió perfectamente los treinta mil francos mensuales de alquiler. Unos pasos resonaron en la escalera. Bajaban por ella Julienne y Micheline. —¿Eres tú? —Sí, soy yo. Que tal, Micheline ¿no me das un beso? A la primera ojeada, al ver a su hija inmóvil y como clavada en el suelo, Guerran se dio cuenta, sin explicarse las causas, de que había perdido en ella todo el terreno conquistado desde hacía diez años. Julienne lo condujo al cuarto de baño, pequeño y bajo de techo, adornado con placas de vidrio color verde jade. La bañera, de mármol verde antiguo, estaba empotrada. A través de

tubos invisibles un grifo suministraba agua caliente. Tras haberse bañado, lavado y descansado, Guerran en batín se afeitó lentamente meditando entretanto el programa de la tarde. Precisaba al menos de media hora libre para telefonar a Fabienne. Púsose un traje de golf, gris claro, a grandes cuadros, y una corbata de seda color púrpura que al tiempo que le rejuvenecía le daba un aire deportivo. Al salir del corredor se encontró con su hijo Charles y su nuera que volvían del tenis, y bajó con ellos. Julienne se hallaba ausente. A petición de Guerran, Charles le condujo en automóvil a Correos. Cuando regresaron, les esperaban ya Julienne y Micheline. Resolvieron ir a la playa a pie. Al ponerse en camino, Julienne dejó que los jóvenes se adelantasen. Evidentemente quería estar a solas con su marido, lo que a éste no le pasó inadvertido. —No vayas tan aprisa —dijo Julienne—. Deja que se adelanten. Quiero hablar contigo. —Si tratas de aprovecharte de mi presencia aquí para fastidiarme las vacaciones, te advierto de antemano que me voy en seguida. —¡Cuánto te gustaría —replicó con ironía Julienne— encontrar una buena excusa para irte de nuevo al lugar de donde vienes! —Haces mal en insistir. —Terminemos ¿dónde estabas? —Donde quería. — ¡Oh, sin duda! ¿Tanto te gusta tu amante? —¡Qué imbécil eres! Caminaban juntos, y se decían esas cosas en voz baja, de un modo apacible, casi sonrientes. No estaban solos. Mucha gente pasaba al lado de ellos. Los que iban a la playa o los que volvían. Una veintena de metros más adelante, Micheline, Charles y Andrée hablaban con animación, probablemente sobre sus padres. —Sabré quién es, no te quepa duda —dijo Julienne. —Te aconsejo que no insistas en tus intentos. Julienne se dio cuenta de estas imprudentes palabras. —¡Ahora lo comprendo! ¡Estabas al corriente de todo! ¡Has comprado a los policías de la agencia! Guerran aceleró el paso. Micheline había tenido que detenerse para anudar los lazos de sus «topolinos». Charles y Andrée la esperaban. Guerran anhelaba darles alcance. —No tengas tanta prisa. ¿Tienes miedo? Sin contestar, Guerran avivó el paso. —¡Oh, no pretendas escaparte! —Dijo Julienne—. Ningún temor me priva de hablarte. No serán mis hijos ningún obstáculo. ¡Soy tu mujer! ¡Tengo derecho a saberlo todo! El tono áspero de su voz hizo volverse a sus hijos. —¡Te ruego que te calles! —exclamó Guerran. — Y yo te ruego que me digas de dónde vienes. ¿Dónde estabas cuando te telefoné? Charles fue a Angers y no te encontró. No vas a negarlo en presencia de mi hijo. Julienne consiguió lo que deseaba: una escena ante sus hijos. Los cinco estaban juntos, en la acera de la estrecha calle que conducía a la playa. La gente les miraba al pasar. —Basta ya —dijo Guerran—. Vine con el propósito de ver a Micheline. Por lo tanto, me voy. —¡Ah! —exclamó Julienne—. ¿Lo ves? ¡Charles! ¡Micheline! ¿Os dais cuenta de que tenía razón? Se marcha, va a lanzarse en brazos de su amante. ¡De la pelandusca! No puede vivir sin ella, ni siquiera un día. Ni en atención a vosotros. Apenas ha llegado, le ha faltado tiempo para mandarle un telegrama. Guerran miró dolorido a su hijo, que no había vacilado en denunciarle. Charles, sofocado, bajó la cabeza y fijó los ojos en la acera. —Y ahora —prosiguió Julienne— vas a decirnos... Guerran giró sobre sus talones y los dejó plantados. Encaminóse apresuradamente hacia The Daffodils. Entró en la villa, se dirigió al cuarto de baño y al no ver su equipaje enfiló un pasillo. En una espaciosa habitación Luis XVI, una doncella con gorro blanco estaba sacando los trajes de las grandes maletas abiertas y colocándolos en el armario. —¿Es usted la doncella de la señora? —Sí, señor. —Vuelva usted a hacer en seguida las maletas. La joven doncella le miró, sorprendida. Guerran reflexionó un instante. Micheline... «No, en absoluto» dijo para sí. Y dirigiéndose a la doncella añadió. —¿Es ésta la habitación de la señora? —Sí señor. —Está bien. Lleve usted mi equipaje a otro cuarto. Hay alguno disponible, ¿verdad? —Hay tres, señor. —Bien. Prepare uno. —Si el señor quisiera verlos. —Cualquiera. No importa. Dejando confundida a la doncella, Guerran salió de la villa y fue a pasearse solo entre las dunas y los pinos. Junto al paseo elevábase la tapia tras la cual se erigía la villa The Dattodils. Era un espeso paredón de escasa altura, coronado por una recia barra de madera color rojo subido. No había puerta. La avenida de gravilla partía directamente del paseo. Discurría a través de un campo de verde césped que se mantenía constantemente húmedo mediante una regadera mecánica que iba girando lentamente. Aquí y allá macizos de rosales, junquillos y geranios enmarcaban la blanca morada con su deslumbrante florescencia. Y bajo un cielo de un azul vivo barrido por la brisa marina, los pinos, de un verde oscuro, se extendían más allá del blanco edificio como un fondo de bosque mediterráneo. Los transeúntes se detenían al pasar para echar una ojeada a The Daffodils, pensando en las felices gentes que allí vivían. Guerran pasaba los días solo. Erraba por el bosque, llegábase hasta el campo de deportes, o alquilaba un caballo con el que galopaba a lo largo de la playa hasta Mermmont y Stella-Plage. Al volver, entraba en el Casino, deambulaba por los jardines, tomaba una limonada bajo la pérgola y mataba el tiempo yendo de una a otra parte en espera de la noche, de la hora sombría de la cena en familia. En The Daffodils se le recibía con el más completo silencio. Un silencio preconcebido y brutal dejaba en suspenso el ánimo de todo el mundo. Julienne, pintarrajeada, luciendo un atrevido escote, más emperifollada que nunca, dirigía el servicio y daba órdenes a la servidumbre. Charles comía con la nariz metida en el plato. Micheline picoteaba la comida, murmuraba que no tenía apetito y daba suspiros. Únicamente Andrée, la nuera, se aventuraba de vez en cuando a pronunciar alguna palabra indiferente, a la que Guerran no prestaba atención. Después de tomar el café, se iban al Casino. Los

jóvenes bailaban, Julienne arriesgaba algunos billetes en la sala de juego, olvidando pronto sus pérdidas en la sala de espectáculos, y Guerran se iba al jardín a fumar un cigarrillo. Hacia las doce, en la noche maravillosa, bajo miríadas de estrellas, los cinco regresaban en silencio a través de los pinos. Llegaba del mar una brisa ligera y un rumor prolongado y suave. Entraban en The Daffodils sin cambiar una palabra. Tras las buenas noches de ritual en el vestíbulo, Guerran subía a sus habitaciones, al cuarto de huéspedes. La separación, la habitación aparte que Guerran había dispuesto para sí, irritaba a Julienne. Hasta entonces la apetencia de los sentidos había mantenido a Guerran sujeto a su mujer. Frente a la tentación de la carne, Guerran se mostraba débil, y todo lo olvidaba ante el incentivo del placer. Este camino había seguido siempre Julienne para reconquistarlo. Incluso ahora, si en alguna de aquellas noches de lasitud, de desesperación, de duda, hubiera ido a llamar a la puerta del cuarto de huéspedes donde Guerran, solo, se atormentaba el espíritu en la tortura del insomnio preguntándose qué camino debía seguir, no cabe duda de que no hubiera podido resistir. Su corazón, su pobre corazón de hombre débil, sensual y desdichado, se habría enternecido y habría abierto la puerta, estrechando en sus brazos a aquella mujer que a pesar de todo era la suya, que había concebido hijos que eran suyos, que muchas veces le consolara y que una vez más, sin remordimientos, sin angustia, en el sosiego de un retorno al orden, a la vida normal, le ofrecía de nuevo el placer de la carne vuelta a encontrar... Pero la idea de esa humillación, de esa capitulación sublevaba a Julienne en un exasperado arrebatado de cólera y de orgullo. No, no quería ser la primera en rebajarse. ¡Que acudiera él! Le esperó varias noches. Entretanto, al tiempo que se mostraba con él arisca y hostil, se heroseaba más que nunca, se pintaba con especial esmero, coqueteaba y se ponía sus más incitantes vestidos. Con su afinada esbeltez, su tez mate, su cabello negro, sus ojos profundos y ardientes, de mirada dura, tras el arco de las cejas tupidas, su boca grande con dientes fuertes y crueles bajo unos labios avivados con un rojo violáceo, tenía una belleza personal, tenebrosa y a veces casi demoníaca, pero al mismo tiempo apasionada y cautivadora. Julienne se propuso reconquistar a su marido y mantuvo encendida la luz hasta muy tarde. Dejó levantadas las persianas de la ventana para que Guerran se diera cuenta desde su habitación de que aún estaba despierta. Dos o tres veces se fue con sólo el peinador hasta la puerta del cuarto de su marido para observar si dormía. Hizo ruido, adrede, al pasar por el corredor. ¿Saldría? No, no salió. Fue Charles, una vez, quien abrió extrañado la puerta de su dormitorio. Julienne se avergonzó y murmuró unas palabras a propósito de una zapatilla perdida, de una babucha que no encontraba. Sentía fijos sobre ella la mirada inquisitiva de su hijo. Julienne se dio cuenta de que Charles comprendía el motivo de su estancia en el pasillo. Sintióse herida en su orgullo, decidió firmemente no volver a salir del cuarto. Renunció a la esperanza de recobrar a su marido y a partir de aquel momento le odió aún más. En la expresión de su rostro, en la manera como ella le miraba a veces por la mañana a hurtadillas, cuando almorzaban frente a frente en el espacioso comedor, blanco dorado, donde penetraba el sol a través de la ligera cortina de los pinos, Guerran adivinaba de cuando en cuando los sentimientos que agitaban el alma de su mujer y casi a pesar suyo se apiadaba de ella. La más arisca, la más inaccesible, era Micheline. Más despiadada aún que su madre, era ella, en el fondo, quien agujoneaba el orgullo de Julienne, quien obstaculizaba una todavía posible reconciliación. Su amor propio herido de hija mimada, inexorablemente celosa, se transformaba en odio, en un oculto y perverso deseo de hacer sufrir a su padre. Varias veces intentó Guerran hablar a solas con ella en el parque o yendo a su encuentro mientras tocaba el piano en el salón, aquel enorme Errad de gran cola parecido a un extraño y singular sarcófago. Pero Micheline rehuía su presencia, presa de turbación y resueltamente decidida a no tener con su padre ninguna explicación. La víspera de la Gala del Casino, donde debía celebrarse una brillante fiesta con concurso de elegancia y gimkhana automovilística y batalla de flores. Guerran le compró un reloj de platino y una perla de doce mil francos. Micheline apenas le dio las gracias, echó una rápida ojeada sobre el estuche y al día siguiente lució con afectación el viejo reloj de oro que le regalaron el día de su primera comunión. Algunas veces, abrumado por el cansancio de su vida solitaria, acuciado por la cobardía de sentirse débil y desgraciado, le decía sin reparos: —Escucha, Micheline. Me complacería mucho que vinieras conmigo... Daríamos un paseo por el bosque y charlaríamos. Sabes muy bien que tenemos muchas cosas de que hablar... —En este momento no puedo — replicaba francamente Micheline—. Espero a Robert. Robert Bussy, su novio, residía con sus padres en Stella-Plage, distante a escasos kilómetros. Y Guerran se iba a pasear solo. En dos o tres ocasiones, Andrée, su nuera, estuvo presente en tales negativas y le vio marchar solo. Sin embargo, corría a reunirse con él en el vestíbulo y le proponía en voz baja. —¿Le agradecería, papá, que le acompañara? —Si así lo quieres, Andrée... —respondía Guerran. Andrée cogía un chal y se iba con él hacia el bosque, caminando por angostos senderos, a través de la arena. Le mortificaba a Guerran la caridad que le brindaba una persona extraña a su soledad y a su miseria. Tampoco Andrée se divertía con ello, pero compadecía a la postre del aislamiento en que vivía su suegro. Y Guerran aceptaba la limosna de esa piedad. Adentrábanse juntos en el bosque. Guerran hablaba de sus cosas y evocaba múltiples recuerdos. La conversación, casi un monólogo, recaía siempre en Micheline, en las travesuras que hacía cuando era pequeña, en el

cariño que ambos se profesaban. Esas historias debían de interesar muy poco a Andrée, pero a Guerran le consolaban. Sacaba de la cartera antiguas fotografías: Micheline en la escuela, Micheline el día de su primera comunión, Micheline y él, juntos de paseo, cogidos del cuello y riendo. Esta sobre todo la contemplaba largo rato. Era quizá la que más prefería, aunque de vez en cuando le dolía porque le recordaba el cariño, la intimidad, la camaradería llena de confianza y familiaridad que existiera entre él y Micheline. Esa cartulina constituía una especie de testimonio. Y parecía decirle: «He aquí lo que erais tú y ella, éste es el cariño que existía entre vosotros. ¿Y ahora qué? ¿Ves alguna vez a Micheline pasar el brazo alrededor de tu cuello y reírse con risa franca y abierta? Andrée, cortés, fingía curiosidad. Guerran permanecía absorto largos minutos, ahondaba en su pasado, y ahincándose en evocar recuerdos se torturaba a sí mismo. Había obrado mal. Era él quien primero había mentido, disimulado, engañado a Micheline, nublado la transparencia, la sinceridad que hasta entonces reinara entre los dos. Sentíase culpable. Dábase cuenta sobre todo de que el pasado no volvería a resucitar, que lo que se había roto no volvería a anudarse, que años y años de abnegación y sacrificios no volverían ya a restablecer en su primitiva pureza el cariño que existiera entre su hija y él. Dando un suspiro colocaba de nuevo la borrosa imagen en su cartera y decía a Andrée, que no acertaba a comprender: —Andrée, uno no debería llevar fotografías consigo... El último día que fue al bosque, llovió. Como hacía mal tiempo, no se atrevió a pedir a Andrée que le acompañase. Se puso un impermeable y se fue solo a través de los pinos. Una lluvia pertinaz caía a través del escaso follaje de los altos árboles. La seca arena de la duna absorbía en seguida el agua y dejaba seco el sendero. Una espesa alfombra de secas y rojizas briznas de pino cedía con un ligero crujido bajo el peso de Guerran. Mostrábanse, fugaces, las posaderas de un blanco conejo. La espesa neblina procedente del mar se dispersaba al enredarse entre los árboles. Encorvado bajo la lluvia, Guerran caminó largo rato. Pensaba en Andrée, en esa forastera que había asido la única que se había apiadado de él. Recordaba a su vieja madrina la señora de Nouys... ¡Y pensar que aconsejándole aquel matrimonio había creído labrar su felicidad, hacerle seguir la senda del orden! ¡si pudiera ver, hoy día, esa «felicidad»! quizá, a fin de cuentas, porque no pensó solamente en su felicidad, sino ante todo en el orden, en el deber... ¡Cuán incomprensible era todo aquello! Fue muy lejos, se extravió y volvió a orillas del mar a través de inmensas extensiones de arena, quebradas aquí y allá por un camino, un solar apenas delimitado y de vez en cuando por una quinta en construcción, con unas ventanas huecas, y montones de tablas y de ladrillos. Regresó a París-Plage fatigado y triste, con las espaldas chorreando agua. Al atravesar la plaza del mercado, el edificio de Correos, que data todavía de los tiempos lejanos y al mismo tiempo próximos en que París-Plage no era más que un lugarejo, le pareció sórdido y pequeño. Guerran entró y preguntó si había correspondencia para él, que su secretario Legourdan la reexpedía allí a lista de correos. Había una carta de Fabienne. Sin abrirla, caminando por las angostas calles, flanqueando los hotelitos bajo la lluvia, con el sobre en el bolsillo, Guerran se sentía ya trastornado y transfigurado. Como si una luz sobrenatural, hubiera iluminado su espíritu. La verdad, la salvación, la vida, el amor, el provenir, estaban allí, con Fabienne, en Saint-Julien, en la Carente, en aquel vetusto caserón que se elevaba casi a orilla del río. En su imaginación, la veía llena de dulzura, buena, amante y pródiga en consuelos. Ella amaba por los dos. Ella se le ofrecía enteramente, sin cálculo alguno, sin reservas mentales, generosamente, locamente, magníficamente. En un rincón de un oscuro bar de la calle Saint-Jean leyó una y otra vez lentamente, la carta de Fabienne, abierta sobre uno de los toneles de encina barnizados, con cercos de níquel, que hacen las veces de veladores. De vez en cuando suspendía la lectura y miraba a su alrededor para ver si alguien se fijaba en él. Entonces, se enjugaba disimuladamente los ojos. Afortunadamente, en aquella hora había muy poca gente. Y, además, donde él estaba había muy poca luz. Desde que llegara, decía Guerran, nunca había pensado en Fabienne como en aquel momento; ni sus pensamientos, acuciados por el recuerdo, eran tan unidos. Había sido necesaria la ingratitud de los suyos, la crueldad de Micheline, la limosna, la caridad de la forastera como Andrée para que finalmente se rebelara, para que dejando atrás aquella montaña de egoísmo volviera a aquella que era todo amor, todo abnegación, todo sacrificio, que se entregaba a él sin cálculos mezquinos, que todo lo olvidaba para no ver sino a él y cuya exaltación cariñosa, su ingenua confianza, le atormentaban ahora con un sordo remordimiento. De pronto, se levantó, dio unas monedas al camarero y regresó bajo la lluvia a The Daffodils mientras iba diciéndose. «¡Basta! ¡Me marcho pasado mañana por la mañana!» Al día siguiente, Robert Bussy, su hermana y sus padres vinieron en coche a buscar a los Guerran para efectuar una excursión a Berck, proyectada desde hacía tiempo. Robert Bussy, con su uniforme de alférez, era un apuesto muchacho. Micheline fijaba los ojos en él con un sentimiento de admiración que mortificaba a Guerran. En Berck dieron un corto paseo por la playa en medio del triste espectáculo de innumerables tuberculosos tendidos en sus cochecitos, que empujaban unas enfermeras. Guerran se sintió desazonado. Dejó adelantarse a los jóvenes, que acompañados de Julienne y la señora Bussy se disponían a visitar los sanatorios, los pabellones de reposo, toda esa extraña ciudad de hospitales y clínicas concentrados en aquel lugar con la absurda esperanza de que un poco más de



yodo atmosférico bastaría para compensar, sin someterse a una alimentación más natural, los estragos del alcohol, de las conservas y de la química alimenticia con que se nutre nuestra raza. Y se quedó con Bussy en la terraza de un café. Tras unos breves rodeos el notario enfocó de lleno el tema del matrimonio: —Roberto terminará pronto su servicio militar. Su hija Micheline no tardará en cumplir los veinte años... Podríamos comenzar a pensar en ese matrimonio... ¡Qué opina usted? —¡Oh, sí, hemos de pensar en ello! —respondió Guerran. —Me gustaría que Robert se estableciera en uno de esos parajes, o cerca de Harelot. Tengo cuantiosos intereses en la región. Tres kilómetros de bosque tocando a la playa. Lo suficiente para organizar una playa elegante, si pudiéramos reunir el capital necesario. Pero creo que con la ayuda de usted, su nombre, sus relaciones... —Sí, sí, es cosa de pensarlo —repuso Guerran, que pensaba en Fabienne, en aquella granja acogedora, en los carneros volviendo cansinamente al redil al caer la noche, en los atajos pedregosos, en las aguas heladas del Boutonne royendo las raíces de los viejos álamos... —Se hizo un ensayo hace cosa de treinta años. Algunas personas murieron ahogadas... sí, a causa de los «Baches» de una corriente contraria que se producía, al parecer, cuando bajaba la marea. Habladurías, a mi entender. Además, la gente se ahoga en cualquier parte. También en París-Plage abundan las corrientes. Y en la Canche. Todo es cuestión de vigilancia, de un poco de cuidado... En mi opinión, todas esas historias las han puesto en circulación nuestros vecinos de Harelot por temor a la competencia... Si dispusiéramos de ayuda financiera y política, si pudiéramos acometer una casta empresa, con hipódromo, campo de golf, aeródromo, Casino autorizado para jugar a la ruleta (y esto dependería un poco de usted, Guerran), contaríamos sin duda con toda la aristocracia inglesa. Sí, no me olvido de París-Plage, pero está siempre abarrotado de gente. La afluencia de autobuses y los fines de semana populares será su perdición. Han hecho bien en negarse a la construcción de una estación de ferrocarril, porque así se ahorran la concurrencia de las clases populares. Sin embargo, creo que el automóvil a plazos les llevará al fracaso. Los obreros y la clase media no convienen en absoluto. ¡Qué distinto sería una playa acotada, privada y reservada, únicamente enlazada con París por una autopista y a Inglaterra por un aerobús! ¡Los ricos deben alternar entre ellos. Sentirse como en su casa. Si no es así, no hay nada que hacer. «Mañana por la tarde estaré en Angers —pensaba Guerran—. Y pasado mañana en Saint-Julien... » Lo anunció aquella noche, de regreso de Berck, en el salón blanco y rosa de The Daffodils —Me marcho mañana. —¡Mañana! Micheline y Charles levantaron la cabeza. Julienne cerró bruscamente los mandos de la radio dejando en suspenso el lamento de una guitarra hawaiana que el éter transportaba Dios sabe de dónde. —No tienes motivos para marcharte mañana. —Esto es cuestión de apreciación personal. —¿Así, nos dejarás? ¿Vas a verla? —¿A verla? —Sí, a tu amante, no te hagas el imbécil. Guerran sin contestar, se dirigió a la puerta dispuesto a salir. Julienne se interpuso en su camino. —¿Te marchas! ¡tienes miedo! ¡Temes las explicaciones ante Charles y Micheline! Pues bien, yo no temo tus explicaciones. Hablarás, y en presencia de todo el mundo. Así sabremos por qué no has recibido aquí una sola carta, por qué has mandado retener sin duda tu correspondencia en lista de correos, por qué me has abandonado, por qué has dispuesto para ti una habitación separada. Charles, Micheline, oíd lo que va a inventar para defenderse. —Déjame salir —dijo Guerran. Julienne le cerró el paso. Su rostro había cobrado una expresión salvaje, casi aterradora, la misma de los días en que era preciso golpearla para hacerla entrar en razón. —Puedes matarme, pero no saldrás de aquí. Guerran apretó los puños, pero se contuvo, y castañeteándole los dientes, fue a sentarse junto a la ventana. —Por lo visto, después de lo que has hecho, vuelves a empezar —dijo Julienne—. ¡Cuántas veces me has engañado, cuantas veces te he perdonado por amor a mis hijos! Incluso antes de que nos casáramos, tenías otra mujer... —¡Cállate! —gritó Guerran. —No me callaré. Digo la verdad. Tenía ya a Charles y aún no te habías casado conmigo. Vacilabas y poco te hubiera costado abandonar a tu hijo. ¿Acaso no es verdad? Charles y Micheline, en pie, escuchaban. —¡Fue precisa la intervención de tu madrina para que te decidieras a cumplir tu deber, cobarde! Y aún me pregunto si también ella no ha sido tu amante. ¡Hubieras sido capaz... ! Guerran se encogió de hombros. —No te importa, ¿verdad? ¡Y aún te ríes! Estás pensando que no tengo pruebas... ¿Acaso no las tengo de tu último enredo con Jeannine Bonier? ¿No lo has confesado tú mismo? ¿Y su marido? ¿No estaba al corriente como yo? ¿Y la criatura que ella puso al mundo? ¿No fue el propio marido quien afirmó que no había sido él quien... —¡No hables de criaturas! —exclamó Guerran—. ¡No hables de criaturas, Julienne! ¡También yo tengo algo que decir? —¿Algo que decir? —Sí, algo terrible. Bajo el ocre de su maquillaje, Julienne palideció. Y dijo en tono burlón. —¡Habla! ¡No me das miedo! Guerran hizo sólo un gesto. Julienne presintió que su marido no se atrevería a hacerlo en presencia de Charles y Micheline, porque a pesar de todo, aún se compadecía de ella. Y segura de la generosidad del adversario, fue ella quien atacó, quien reanudó la batalla. —Entretanto, no te irás sin dar una explicación. —No tengo nada que explicar. —Vas a decirme quién es esa mujer... —Y tú vas a comenzar por dejarme en paz. —¿No quieres hablar? —¿No quieres callarte? —Está bien. Lo sabré. Aún no me conoces. Antes de ocho días sabré a qué atenerme. Iré a encontrarla y armaré un alboroto. Puedes hacerme encerrar si es eso lo que quieres, pero no me

harás retroceder. No te quepa duda, esa mujer sabrá quién soy yo. ¿Quieres un escándalo? No te faltará. Y si es preciso recurrir al revólver o al vitriolo, no me arredraré. No temo al escándalo. Tu situación me importa un bledo. Y en cuanto al porvenir de tus hijos, tuya sería la culpa. La carrera de Charles se irá a hacer gárgaras y el matrimonio de Micheline quedará en el aire. Esa será tu obra, la tuya y la de tu... Micheline se echó a llorar. Guerran saltó de la silla, y con la mano levantada avanzó hacia Julienne, que continuaba de pie en el quicio de la puerta. —¡Tu amante! —repitió Julienne—. ¡Tu zorra, tu pu...! ¡Ah, bruto! La bofetada estremeció todo su cuerpo. Con los ojos desorbitados se abalanzó sobre su marido. Guerran la rechazó con un empujón tan brutal que Julienne fue a dar contra el mueble de la radio. Charles se precipitó hacia su padre y le agarró la muñeca. —¡Dios! —rugió Guerran. Desprendióse de la mano de Charles con un movimiento violento. Por un instante, padre e hijo permanecieron frente a frente, inmóviles. De pie, junto a su madre, sin decir palabra, Micheline miraba de lejos a su padre. De pronto Guerran se dio cuenta de lo solo que se hallaba bajo el peso de su culpa, del bloque que su esposa y sus hijos formaban contra él, como si él fuera un extraño, un enemigo. Bajó la cabeza, pasó junto a Charles, de pie junto a la puerta, y se dirigió lentamente hacia Julienne. Pero Micheline le cerró el paso. —¿También tú? —dijo—. Déjame. Nada le haré a tu madre. Puedes estar segura. Julienne, te lo explicaré todo dentro de algunos días. Te daré todas las explicaciones que quieras exigirme. Todo ha terminado. Sólo te pido algunas semanas de tiempo... el suficiente para dejar las cosas arregladas... Julienne, petrificada, movió los labios, pero no dijo una palabra. —Me marcho mañana por la mañana. Nos veremos de nuevo en Angers y entonces discutiremos las condiciones de una separación. Creo que un divorcio... Piensa entretanto en la pensión que necesitas... Repito que todo ha terminado. Mi vida está en otra parte. Miró a sus hijos, uno después de otro. Y murmuró: —Mi vida está en otra parte. Encaminóse con paso cansino hacia la puerta, apartó suavemente a Charles y desapareció. Había pensado partir al día siguiente a las nueve de la mañana, antes de que Julienne estuviera levantada, sin ver a nadie, pero a las ocho la doncella de Julienne llamó a la puerta. —El señor Bussy acaba de llegar, y querría ver al señor. Bussy, el notario, esperaba a Guerran en el salón. Levantóse a su encuentro con las manos tendidas: —¡Qué tal! ¿No marchan bien las cosas? Anoche me telefoné su esposa... Me contó una sarta de historias... Perdóneme... Por lo visto, estaba muy excitada... Vamos, vamos, mi querido Guerran, un poco de calma. Sobre todo nada de testarudeces, ni de escándalos. ¡Un hombre de la posición de usted! Un hombre como usted, que el día de mañana... —No habrá ningún escándalo —respondió Guerran. —Su esposa me ha hablado de divorcio. —Es muy posible. —¡Ah, no, eso no puede ser! De ningún modo. ¡Un divorcio! Sería una catástrofe para mí. Mis relaciones, mi clientela... Piense que gozo de la confianza de muchas y buenas familias. Tenga en cuenta que muchos de mis negocios se los debo al clero y a numerosas familias católicas... ¡No va a casarse mi hijo con la hija de un divorciado! Sería su ruina inmediata. Por otra parte, mi mujer no lo consentiría. Mi mujer es creyente, casi fanática. Yo tengo otro concepto de la vida. Comprendo las cosas... Vamos, sea usted razonable, Guerran. No se porte usted como un colegial. Todas las cosas tienen arreglo. ¡No faltaría más! ¡qué diablos, un hombre de su edad! No sería usted el primero que... No creo que por eso haya necesidad de divorciarse. —Ya veremos —respondió Guerran—. Reflexionaré. Ya le comunicaré más tarde mi decisión. En primer término, todo eso me concierne a mí, ¿verdad? —¡Ah, claro! Pero piense también en su hija, en ese matrimonio... Bueno, hasta pronto, mi querido amigo. Estoy seguro de que usted reflexionará, que seguirá el buen camino. Entonces, hasta pronto. Nos veremos en Angers. Guerran almorzó rápidamente. Aunque decidiera lo contrario, resolvió, antes de marcharse, ver a Julienne. Subió a su habitación. Era la primera vez que entraba en ella después de que llegó a París-Plage. Sorprendióse al encontrar con su madre a Micheline y Charles. Julienne, todavía en la cama, tomaba el café y charlaba animadamente con sus hijos. Guerran tomó una taza del velador, se sirvió café y bebió un sorbo. —He venido a decir adiós —anuncio. Nadie respondió. —Julienne, te mandaré un cheque desde Angers... Espero que me avisarás cuando pienses volver a casa... —De acuerdo —repuso Julienne. —Ya veremos... Ya veremos qué medidas podemos tomar. —Por mi parte, ya está todo decidido. —Bussy ha estado aquí... En el brillo de la mirada de Julienne, Guerran comprendió que ella estaba ya enterada de todo por la doncella. Debí de combinarlo todo el día antes con bussy. —¿Te decides, pues, a marcharte? —dijo Julienne. —¿Por qué no? —Está bien. Ya sabes ahora lo que nos espera a todos. Guerran adivinó las intenciones de su mujer. Y respondió: —¿Todos? No creo que afecte a nadie más que a nosotros dos. —Evidentemente si te desinteresas del porvenir de tu hijo, del matrimonio de tu hija... Comenzaba el chantaje. Guerran forcejeó: —No veo por qué el porvenir de Charles... —No te preocupes por mí —intervino Charles—. Sabré salir adelante. —Vuelvo a repetir que no se trata de... —Así, ¿qué te propones quizá dejarme a mí y retener a tu hijo a tu lado? —dijo Julienne—. El día que me vaya, Charles no se separará de mí. No dejará sola a su madre. En cuanto a Micheline... —¡Yo trabajaré! —exclamó Micheline. Guerran, con la taza vacía en la mano, miró asustado a su hija. ¡También ella! Sentíase encadenado, estrangulado. Todos ellos iban a sumirse en la desgracia voluntaria, estúpidamente, con perversa intención, sólo por influir en su decisión, para hacerle

responsable del desastre general. Incluso Micheline, que no ignoraba la influencia que cualquiera de sus actos ejercía sobre su padre. Iba a servirse cruelmente del cariño que él le profesaba para obstaculizar sus propósitos. El amor que Guerran sentía por su hija constituía su punto débil, su talón de Aquiles. Y lo peor era que ella o Julienne habían dado en el clavo. Guerran se daba cuenta de que ése era su punto vulnerable, hasta el extremo de que ese divorcio, esa proyectada liberación se le antojaba quimérica, irrealizable, imposible. Al sentirse dominado por sus sentimientos, encadenado por sus emociones, quiso desprenderse de ese lastre con un gesto de furor, de violencia y de rabia contra sí mismo. Estrujó entre sus dedos la fina porcelana japonesa de la taza vacía, arrojó los fragmentos al suelo y salió dando un portazo. Cinco minutos después, el coche de Guerran salía de los Darffodils. Tres pares de ojos le seguían tras los visillos del cuarto de Julienne, mientras después de rodear el césped rodaba lentamente por la avenida de blanca gravilla para enfilarse luego la carretera. Guerran no volvió la cabeza. Fabienne no llegó a comprender la emoción que embargaba a Guerran. Presintió que durante los días de su ausencia había sobrevenido un drama, un cambio profundo en la vida de su amado. Pero él rehuyó toda clase de preguntas. —Estamos lejos de todo el mundo —dijo—. Somos felices. Pensemos sólo en nosotros, sólo en ti y en mí. Y así reanudó su vida, una vida rústica, dulce y apacible en el viejo caserón de la Carente, a orilla del río. Peor algo había cambiado. «Pensemos sólo en nosotros». Como si Guerran pudiera hacer eso. Como si estuviera en su mano aventar los recuerdos, las preocupaciones, la sorda obsesión que le roía el alma. Aunque procuraba aturdirse, no ignoraba que marchaba a grandes pasos hacia el desastre, hacia el abismo. Estaba en juego el porvenir de su hogar. Julienne no le preocupaba. Pero estaban Charles y Micheline. Y era ese recuerdo, ese pensamiento súbito, agudo, cruel, lo que le hacía sangrar el corazón en medio de una sonrisa, de su momento gozoso, de un instante feliz, dejándole el ánimo en suspenso, crispándole los rasgos de la cara, como si se acordara de pronto de un mal que le consumiera. Fabienne notaba en su rostro aquella mudanza súbita y brutal, adivinaba el significado de un suspiro reprimido e interpretaba los más recónditos pensamientos de Guerran. Y ello le causaba un dolor oculto, mezcla de cólera, de odio y de orgullo lastimado. Fabienne reanudó la lucha con buen ánimo. Durante aquel mes, la vieja vivienda troncóse en una morada de risas, de sol, de alegría y de fiesta. De la pobreza en que transcurriera su infancia, Guerran había conservado los gustos populares y saboreaba la sencillez, la delicadeza y la franqueza del campesino. Fabienne contrajo amistad con gentes de labor; el tío Brunn, cazador y gran aficionado a la pesca, el molinero Costenoble, que conocía los recodos del Boutonne en los que abundaban las truchas, y el señor Tillebois, el propietario de las casas donde vivían los dos anteriores, una especie de gentilhombre pueblerino, hombre rudo, que poseía, sin parecerlo, trescientas hectáreas de bosques y tierras de labranza, que se pasaba la vida vigilando a sus granjeros y sus leñadores, y conocía, en una legua a la redonda, la zanja donde solía detenerse una enorme liebre, y el punto exacto del surco desde donde levantaría el vuelo en septiembre de aquel año un enjambre de perdices. Cuando levantóse la veda, se organizaron nutridas partidas. Fabienne, para acompañar a Guerran, compró un equipo y una escopeta de caza. Para Guerran, esa singular indumentaria con la que Fabienne aparecía como transfigurada era ya un motivo de gozo. La muchacha venció el reparo que le causaba el sufrimiento de los animales, dio muerte a faisanes en los bosques y con un disparo detenía la carrera de los conejos, pobres bestezuelas silvestres y ensangrentadas, atemorizadas y dolorosas, que Tillebois levantaba por las orejas y acababa de quitarles la vida con un puñetazo en la nuca para cortar su agonía y su postrer terror. Aprendió a disparar contra la garza y el chorlito, a lo largo de la costa, en la marea baja, entre Rochefort y la Rochelle, a oír sin desfallecer los gemidos de un pájaro por ella derribado y que agonizaba en sus manos, al agarrarlo por las patas y a golpearle la cabeza con todas sus fuerzas contra el estribo del coche para ahogar su palpitación y sus lamentos... Por la noche, pero antes de amanecer, Fabienne acompañó a los hombres para la caza, en el pantano. Tillebois poseía, estratégicamente disimuladas, a ras de los aguazales, para la caza de la tringa, la polla de agua y el pato silvestre. Al despuntar el alba, agazapada entre los juncos del aguazal, Fabienne gustó la emocionada espera en medio de un silencio turbado de cuando en cuando por el grito melancólico del reclamo, atado por una pata, que llamaba a sus hermanos silvestres. Y cuando el vuelo de los pájaros lejanos se cernía sobre el pantano, encima de su cabeza, Fabienne aprendió en un doble tiro rápido a diezmar la bandada, a recibir en pleno rostro una rociada de plumas y de sangre, botín de su carnicería, y a aceptar con una sonrisa los cumplidos de Tillebois y el tío Brun. Olivier se divertía y llegaba a olvidarse de todo. Fabienne no deseaba otra cosa y estaba dispuesta a todo para alcanzar ese fin. Guerran y Fabienne regresaban cansados, y tras un breve descanso tomaban un refrigerio. Luego se iban al presbiterio del pueblo vecino a llevar una de las piezas cobradas al abate Bourguin, el anciano cura atareado aquellos días en recoger las patatas de su huerta situada detrás del cementerio. Pues Guerran simpatizaba mucho con aquel anciano. En suma, Guerran y Fabienne llevaban una vida gozosa y apacible. Sol, flores, música, una radio que funcionaba ininterrumpidamente, una actividad febril en el placer y la diversión. En cuanto se levantaba, Guerran sentíase transportado, galvanizado. Excursiones en automóvil hasta Saint-

Jean de donde regresaban cargados de vituallas, periódicos y libros. Al volver a la granja esperaban su llegada, porque era ya hora del aperitivo, el tío Brun, el molinero y Tillebois. De todos modos, Fabienne provocaba adrede su visita, les invitaba de antemano y retenía a uno u otro a almorzar. Comían bajo la «dogia» y tomaban el café en un rincón del parque. Luego Tillebois invitaba a sus huéspedes a visitar sus viñedos o sus bosques donde una máquina a vapor cortaba los álamos en largas rebanadas. O recorrían la comarca en automóvil, visitando las viejas iglesias o sorprendiendo al abate Bourguin en el jardín de su presbiterio, detrás del pequeño cementerio. Entonces Guerran charlaba largamente con el anciano sacerdote paseando con él en torno a la blanca y abandonada iglesia, fiel y solitaria guardiana de los muertos que reposaban a su alrededor. Después de cenar, además de la radio y los periódicos, sobrevinían, en la hora crepuscular, bajo los tilos, las interminables conversaciones con el tío Brun, los granjeros y los mozos; los juegos a la baraja, las chanzas y el regocijo de unas horas de descanso con que aquellos hombres compensaban las fatigas del trabajo del día. Hacia las once comenzaba a sentirse el fresco y a Guerran, fatigado, le invadía el sueño. Entonces, él y Fabienne se iban a la cama. Un día más ganado, un día en que él no había pensado en nada. Y si a Guerran le costaba conciliar el sueño, si ella le oía agitarse o suspirar, se arrimaba a él y le brindaba su juventud, el más seguro de todos los olvidos, para que él se sumiera en una modorra, ausente de todo sueño y de todo pesar. Fabienne se pasaba el día imaginando y combinando distracciones, excursiones, vestidos nuevos, quehaceres, algo nuevo para que él no tuviera tiempo de pensar, de ahondar en sus recuerdos. Le vigilaba como a un niño. Y de cuando en cuando, súbitamente, en cualquier sitio donde se hallasen, le preguntaba: —¿En qué piensas? Fabienne estaba al acecho de los recuerdos que inquietaban a Guerran. Su frente se contraía a veces con una arruga que no pasaba inadvertida a Fabienne, una arruga que aparecía cuando le asaltaba alguna preocupación, y que ella vigilaba y combatía como si se tratase de un enemigo. ¿La familia? ¿Los hijos? ¿La mujer? Nada de ellos temía Fabienne. Ella era la juventud y el amor. Luchaba audazmente contra aquello y decíase con orgullo: «Mientras yo esté a su lado, no sufrirá. Yo sabré hacerle olvidar». Y así discurría su vida, entre fiestas, excursiones y abundantes comidas, entre las cuales se producían espaciosos silencios preñados de cosas de las que estaba prohibido hablar y hasta acordarse de ellas. Con todo, había momentos en que Fabienne se sentía cansada, abrumada por el peso de la enorme carga que temerariamente había aceptado. Jamás hubiera creído que un pasado, una familia, constituyera un lastre tan poderoso, tan pesado. Por la noche tenía a veces la impresión de que a fuerza de imponer en torno suyo la risa y la alegría, había perdido toda su energía, todo su poder de irradiación. Y había momentos en que con un indecible consuelo, hubiera abandonado la lucha y renunciado a todo. —¿Y qué ocurriría más tarde, dentro de algunos años, cuando sobreviniera la saciedad? Fabienne lo presentía. Había momentos en que la atracción de su cuerpo había dejado de ser irresistible, en que el goce carnal no constituía incentivo alguno, algunas noches en que después de la breve y total satisfacción de los instintos, Guerran fatigado y febril, acostado al lado de ella en la oscuridad del dormitorio, evadía una vez más en espíritu, se alejaba irresistiblemente de ella, huía de su lado y, en su imaginación, se trasladaba lejos, hacia lo que era su obsesión, hacia aquellos a quienes había dejado. Permanecía inmóvil y trataba de hacer creer a Fabienne que dormía. Pero tenía abiertos los ojos. Fabienne sabía lo que él estaba pensando y nada podía hacer para impedirselo. Lo único que ella podía proporcionarle eran unos minutos de placer, que contribuían a fatigarle y a entristecerle más sumiéndole en la depresión subsiguiente, a una sobreexcitación excesiva. Al despertar de aquellas noches, Guerran sentíase triste y taciturno. Y nada podía sustraerle a su abatimiento. ¿Qué ocurriría dentro de diez años? Guerran se le escurría de entre las manos. Sin proponérselo, de una manera lenta y falsa, Guerran parecía desentenderse de todo lo que le ordenaba. Fabienne se dio cuenta de que, de pronto, el abate Bourguin había cesado de visitarles. Se había enterado de la irregularidad de su situación. Fabienne interrogó a Oliver, quien confesó que se había confiado al abate revelándole la verdadera situación de su hogar. El silencio le oprimía, le ahogaba y sintió la necesidad de expansionarse, de hablar con alguien. Y desde entonces sólo experimentaba un gozoso sosiego cuando se evadía de vez en vez furtivamente de la casa y se trasladaba al pueblo. Allí, durante horas enteras charlaba con el abate Bourguin de su hogar, de su mujer, de su hijo y de Micheline, en el pequeño cementerio pueblerino, perdido en el campo, con sus antiquísimas tumbas señoriales cubiertas por la hierba y sus hileras de altos y negros cipreses rasgando el cielo azul. En el centro, blanca y achaparrada, con un portal romántico moteado de troneras, la vieja iglesia velaba sus muertos. Su lisa fachada aparecía rematada por un sencillo campanile, un frontispicio en la cima del cual, abierta a los vientos, colgaba una campana. Una atmósfera luminosa, una paz completa y silenciosa, un sosiego de eternidad envolvía la vieja iglesia levantada en el medioevo, los árboles y las tumbas solitarias, abandonadas, lejos de los hombres, en medio de los campos. Todo aparecía simplificado, bañado de luz y hasta engrandecido. Y las palabras de deber y sacrificio que pronunciaba el abate Bourguin, que en otro lugar hubieran hecho asomar una sonrisa de escepticismo en los labios de Guerran, cobraban allí un matiz de grave y sencilla solemnidad que ahondaban en aquel pobre y atormentado

corazón. No le pasaban inadvertidas a Fabienne esas evasiones de Guerran. Estaba al acecho de sus movimientos y sentíase presa de furor y de celos, pues no ignoraba que él iba allí para hablar de los ausentes, de su mujer, de su hija, de sus más directas rivales. Se daba cuenta del doloroso placer que él experimentaba al recordar su pasado que tanto se obstinaba ella en hacerle olvidar. Y se exasperaba, se afanaba en recurrir a la ayuda de todas las amistades, de todas las tentaciones, acudía al tío Brun y a Tillebois y les decía sin remilgos: —Quédense con nosotros, llévenselo con ustedes... Distráiganle, ayúdenle. Tiene muchas preocupaciones y aquí se aburre... Mas, a pesar de la lucha encarnizada, Fabienne tenía vagamente la impresión de que todos sus esfuerzos eran inútiles, de que no era ella quien estaba en posesión de la verdad. Cuando buceaba en su propio corazón veía con claridad cuál era el camino a seguir. Tener con él una explicación franca y sincera. Examinar serena y animosamente la situación creada por su imprudencia, su temeridad y su pasión. Sopesarlo todo: los deberes familiares de los dos y sus deberes mutuos, puesto que a pesar de todo se amaban. Ponerlo todo en la balanza, juzgarse a sí mismos y trazarse un destino, el más recto, el más sensato que su ánimo les permitiera escoger, para que en adelante nada oculto y secreto existiera entre ellos, para sentirse purificados, para salvar la última posibilidad de seguir amándose, porque la mentira, de una manera lenta, pero segura, extingue el amor. Sólo había ese camino: la sinceridad, la rectitud, la aceptación tal vez de una separación. En suma, consentir en expiar la culpa y en sus consecuencias. —¡Jamás! —exclamaba Fabienne, en un arranque de cólera, de dolor y de orgullo—. Lucharé. No cederé. Y emprendía de nuevo la batalla con renovado tesón. Pero no tardaba en desanimarse. Día a día apoderábase de ella, con creciente intensidad, la convicción de que estaba luchando contra la verdad, contra el orden y la rectitud. Pese a todas las equivocaciones que sus rivales, Julienne y Micheline Guerran, pudieran haber cometido, ellas estaban dentro del orden, encarnaban el hogar y la familia. Fabienne, en cambio, era la forastera, la aventurera, la intrusa, el fermento de disociación, de estragos y de ruina. Todo ello le producía un sentimiento de implacable envidia hacia la mujer y la hija, de cólera contra Oliver, debatiéndose al mismo tiempo en arrebatos de duda, de desesperación y de asco. Abandonaron Saint-Julien a mediados de septiembre. Para atender a sus negocios, Guerran volvió a Angers. Fabienne, después de pasar una semana junto a su padre, regresó a París y reanudó su trabajo en la clínica. Guerran le hizo dos o tres breves visitas. Fabienne estuvo enferma durante algunos días. Poco después de Navidad, ella le comunicó que estaba encinta. Entretanto Doutreval proseguía su lucha. Ludovic Vallorge había contraído nuevo matrimonio el mes de julio de aquel año. Había hecho la corte a Simone Heube, la hija del cirujano, y ella le dio su consentimiento. La boda fue sumamente sencilla. Vallorge dedicaba ahora sus actividades a los laboratorios Dynam, la importante empresa de medicamentos químicos, cuyo principal accionista era Heubel, que había adquirido bajo mano y a precio fuerte el paquete de acciones de la señora Géraudin. Vallorge había encontrado por fin el campo de acción que cuadraba mejor con su habilidad y su sentido comercial. En unos pocos meses, los laboratorios Dynam duplicaron su cifra de venta. Evidentemente Vallorge tenía el instinto de los negocios. Como muchos otros, los laboratorios Dynam publicaban una pequeña revista: «Le Mois Médical». Vallorge le dio en seguida un impulso formidable, la ilustró con fotografías y consiguió la colaboración de afamados escritores. Decidióse que, cada semestre, los laboratorios lanzarían al mercado dos nuevas especialidades para sostener la atención del público. Tales especialidades las administrarían los profesores en sus servicios hospitalarios y luego darían cuenta en «Le Mois Médical» del resultado de las pruebas. Este procedimiento, bastante corriente, ejercía gran efecto sobre la clase médica. Regnoul, a quien Vallorge arrebató a Doutreval para lograr su colaboración, imaginó una interminable serie de especialidades con nombres rimbombantes y lujosas envolturas. Luego Vallorge ponía esos productos bajo el patrocinio de un «pontífice», una personalidad conocida, y solicitaba de él un artículo para «Le Mois Médical», asegurándose así su recomendación y apoyo, que garantizaba el éxito de la especialidad. Al cabo de seis meses, «Le Mois Médical» necesitaba cuatro toneladas de papel para su edición. Y mientras Vallorge preparaba tres nuevas revistas publicitarias, Regnoul se iba a Dinamarca a visitar los mataderos y estudiar los procedimientos de extirpación de las glándulas de los animales sacrificados, con miras a montar en Angers un importante centro de fabricación de productos opoterápicos. La marcha de Regnoul acentuó aún más la soledad y el abatimiento de Doutreval. Después de Vallorge y de Groix, también Regnoul le había abandonado. Doutreval se debatía en un mar de confusiones. Parecía existir el acuerdo tácito de que Regnoul se casara con Fabienne. ¿Por qué aquel cambio repentino? Además, Regnoul era director del Centro. Sin prestarse todavía asistencia a los enfermos, percibía ya tres mil francos mensuales; lo dirigía todo, tenía allí un trabajo apasionante y le aguardaba un brillante porvenir. Guerran había obtenido para el Centro una importante subvención del Ministerio de Sanidad, a la cual venían a sumarse los subsidios de los departamentos. Los locales estaban dispuestos. Dentro de poco, el Centro comenzaría a funcionar. Y de pronto, Regnoul lo abandonaba todo: Fabienne, su cargo, la curarización. Se iba e ingresaba como consejero técnico en los laboratorios Dynam. Aunque Doutreval tratara de aventar sus dudas, sentíase hondamente

preocupado. «¿Acaso tiene miedo de algo? ¿Por qué abandona la nave en peligro? ¿Duda de mis métodos?» Pues, había de confesarlo, la curarización chocaba cada día con mayores obstáculos. No se hacía progreso alguno, no se avanzaba. Abundaban las críticas. Faubert, el gran psiquiatra de la Academia de Medicina, condenaba el método y cifraba en un 47 por ciento el porcentaje de fracturas, según sus intervenciones personales. Y Doutreval, a pesar de que refutaba y negaba tales aseveraciones, había de confesar que la razón estaba de parte de Faubert. Los éxitos habían sido escasos. Al término del tratamiento, muchos de los dementes tenían la columna vertebral más o menos averiada. Ninguno de los ensayos de Doutreval y de Regnault —el veronal, los preparados cálcicos y la raquianestesia— habían impedido ese aplastamiento de las vértebras. Doutreval intentó disminuir la dosis del producto convulsivo inyectado. Pero también fracasó. O a pesar de todo se producía la crisis, o en caso contrario, el enfermo guardaba el recuerdo de una espera, de un trastorno, de una angustia tan horrible que en adelante se negaba rotundamente a un nuevo ensayo. Doutreval no se daba por vencido. Entregábase a la búsqueda de medios mecánicos, de posiciones que evitasen las fracturas: decúbito lateral con el cuerpo contraído, posición en cuclillas, empleo de un catre metálico al que se sujetaba al paciente. Nada había tenido éxito. Y en los periódicos, arreciaban los ataques. Hablábese abiertamente de abscesos al pulmón provocados por el tratamiento y empezaba a preconizarse un nuevo procedimiento, la convulsión por la electricidad, método que Doutreval desdeñaba y condenaba enérgicamente. En medio de tales fluctuaciones, el Centro estaba casi terminado, lo que representaba, a pesar de todo un triunfo tangible, una categórica respuesta a los adversarios. Entre tantas dificultades un solo pensamiento reconfortaba y animaba a Doutreval: —Digan lo que digan, ésa es la realidad. El Centro es un hecho y no tardará en funcionar. CAPÍTULO Quinto. —Toma —dice Michel a Evelyne—, aquí tienes noticias de un antiguo conocido. La carta viene de París. Evelyne rasga el sobre y busca la firma. —¡Es de Tillery! ¡Cuánto tiempo hacía que no sabíamos de él! Tillery y su mujer están bien. El 201 está a punto de aumentar en un centenar, como dice Tillery. Michel comprende que va a cambiar su coche por un 301. El trabajo marcha bien. Tillery y sus gafas se han hecho populares en el barrio. Habla de una instalación de Rayos X, y, entretanto, la señora Tillery se ocupa activamente en elaborar un nuevo heredero para su marido. «Uno o varios» observa Tillery, aleccionado por la experiencia de su par de gemelos. En espera del arribo del feliz nacimiento, Choute, para hacer uso del galante diminutivo que emplea su marido, acaba de recoger y adoptar a un rapazuelo de cinco años, a cuya madre había atendido Tillery y que ha quedado huérfano. —«No puedo decir que sea precisamente una preciosidad —continúa la carta—. Tiene una tuberculosis ósea y se notan en su rostro las grandes huellas rojizas de sus antiguos abscesos. Pero cuando las mujeres se meten una cosa en la cabeza... Por otra parte, yo había atendido a esa criatura en vida de su madre... ». El bueno de Tillery parece ahora excusarse. Y añade, fingiendo un sentimiento de tristeza: «La medicina me hizo tomar esposa y ahora me brinda una criatura. ¡Vaya singulares aventuras que ocurren en nuestra profesión!». Michel da la carta a Evelyne. —Esta noche les contestarás —dice. —Les enviaré lana blanca para los pañales. La he encontrado a precio de fábrica. Parece que a Tillery las cosas le van bien. —Sí —asintió Michel—. ¡Qué curioso! Sin embargo, no fue nunca un alumno aventajado. Ni siquiera sabe desenvolverse. ¡No puede compararse con Seteuil! ¡Oh, no! ¿Te acuerdas de su cabezota, de sus gruesas gafas, de su naricita respingona, de sus rubicundas mejillas de bebé? ¿Y de sus chanzas, sus bromas, sus pesadas jugarretas? ¡Un estudiante! ¡Un estudiante! ¡Un estudiante de medicina toda la vida! Nada de lo que precisa en apariencia para conquistar una clientela. Y, sin embargo ya ves. Busca en un montón de revistas que están a disposición de los clientes en la sala de espera. Hojea una y muestra a Evelyne una fotografía, el retrato de un hombre de edad madura, de rostro enjuto y tez bronceada, tocado con un casco colonial. A su lado, un poco a segundo término, se ve la faz redonda y joven de una sudamericana, de aspecto semisalvaje. —Es un médico —explica Michel—. Un hombre a quien le ocurrió una aventura semejante a la del doctor Barataud. Éste, si no recuerdo mal, fue acusado de haber asesinado a su amante y condenado a trabajos forzados. Sí, ahora recuerdo que cuando se celebró el proceso, una enorme multitud, todos los desgraciados del barrio donde él ejercía y a quien atendió durante años, declararon en favor suyo y pidieron que no le condenasen. Algunos de sus enfermos dijeron al tribunal «Es nuestro médico, no nos lo quitéis. ¿Qué será de nosotros si él nos abandona? ¡Sólo tenemos confianza en él!». »Condenado a trabajos forzados, fue enviado a la Guayana. Allí salvó la vida al hijo de uno de los carceleros, ejerció la medicina en el presidio y se granjeó la estima de todo el mundo. Finalmente, consiguió escapar a Venezuela. En este país vive ahora en un pueblecito, sito a tres días de ferrocarril de la ciudad más próxima. Dedicado a su profesión, se casó con una mujer del país que le ha dado dos hijos, es extraordinariamente popular y todos los habitantes de la región, tanto blancos como indígenas, no reparan en decir que se produciría un levantamiento popular en el caso improbable de que se pidiera su extradición. Esa es nuestra profesión. Uno es, ante todo, el que salva la vida de sus semejantes. A la gente, sólo eso le importa. Y ésa es, naturalmente en otro aspecto, la historia de Tillery. Fíjate, en cambio, en Belladan, un as de la Facultad, diez veces

más sabio que todos nosotros. Apenas si ha reunido cien mil francos. Ahora ha abandonado la profesión para dedicarse a los Seguros. Y a su lado, ahí tienes a Tillery, a todos esos estudiantes a quienes más les importa correr una juega que aprobar una asignatura y que, en cambio, salen adelante porque saben cómo tratar al enfermo, «establecer» el contacto de hombre a hombre... Michel echa una última ojeada a la carta. —De todos modos, me alegra mucho lo de Tillery. Pero qué singular profesión la nuestra, ¿verdad Evelynne? Michel mostró la carta a Seteuil, a quien esos aumentos de la familia Tillery regocijaron enormemente. Seteuil soñaba con entusiasmo la fecha de su próximo matrimonio. Al lado de Anne-Marie Lausefeld, la hija mayor de los ricos hilanderos, se conducía como el más galante y atento de los prometidos. Por aquel tiempo, a pesar de una calvicie cada vez más acusada, Seteuil, alto, moreno, de barba tupida, voz grave y apuesto continente, era aun tipo verdaderamente magnífico. Y aunque viudo con un hijo, no era en modo alguno un mal partido. El anuncio de su matrimonio tuvo lugar bajo los mejores auspicios. Un miércoles al mediodía, al llegar a casa de los Lausefeld, para comer, Seteuil encontró a Anne-Marie bajo los efectos de un fuerte resfriado. La muchacha estaba desconsolada. Tenía la nariz encarnada y los ojos hinchados. No quería que Seteuil la viese en aquel estado. Éste en tono de chanza, adoptó un aire doctoral: —¡Oh, un catarro! ¡Cosa grave, muy grave! —Hay que andar con cuidado, ¿verdad doctor? —dijo Lausefeld sonriendo—. Véale la garganta. Háganos una buena receta... —Abra usted la boca, señorita —dijo Seteuil siguiendo la broma—. ¡Ajá! En ese lado no hay nada. —¿Me hacen el favor de un pañuelo? Lo colocó a la espalda de la muchacha, por encima del escote del camisolín y aplicó el oído largo rato... Sin decir nada, colocó el pañuelo en el pecho y volvió a auscultar. Luego se incorporó: —Pues bien, mi receta es ésta: una buena comida rociada con borgoña y una caja de pastillas Valda... —La primera parte será cumplimentada puntualmente, doctor —dijo Lausefeld—. ¡Al instante! El tiempo de ofrecerle una copa de oporto mientras ponen la mesa. La comida transcurrió en medio de gran alborozo. Al cabo de tres días, Seteuil aún no se había presentado. El domingo, Lausefeld recibió una carta del doctor. Éste formulaba una serie de excusas, daba cuenta de que una serie de circunstancias imprevistas, que no podía revelar por ser secreto profesional, le había impedido ir a verles y rogaba al industrial que considerara rotas sus relaciones con su hija. Nadie y menos aún los Lausefeld comprendió nada. Fue un gran escándalo. Anne-Marie Lausefeld quedó muy impresionada. Al cabo de tres semanas los Lausefeld mandaron llamar a Michel para que visitara a su hija. Había perdido el apetito, enflaquecía y los padres estaban preocupados. La desilusión, sin duda. Y aquel resfriado que no acababa de marcharse. Michel auscultó a Anne Marie: foco tuberculoso en sus comienzos. A ello se debió sin duda la ruptura de Seteuil. Al auscultar en broma, vio claro en seguida. Mas nada podía decir. Rompiendo el noviazgo por causa de tuberculosis hubiera pasado por un cobarde. Prudente, había preferido callar y ausentarse, escudándose tras el secreto profesional y dejando a tiempo, al azar, el cuidado de advertir a los Lausefeld la dolencia que aquejaba a su hija. A las primeras palabras de Michel, los Lausefeld se acordaron del incidente y comprendieron. Y se lo contaron todo a Michel. Anne-Marie Lausefeld no parecía, empero, gravemente afectada. Michel ordenó un régimen de desintoxicación y pudo garantizar el éxito. Gaspard Becquerel, el médico diputado, a quien Michel reemplazara a su llegada al Norte, continuaba prosperando. Numerosos matasanos trabajaban por cuenta suya y dirigían a su gabinete a los holgazanes deseosos de aprovecharse de un accidente del trabajo y muchachas encintas en busca de alguien que las hiciera abortar seguro de la impunidad, confiado en su poder político, expresaba casi abiertamente su desdén por la ley. Acababa de ocurrirle, empero, un enojoso incidente. Los Lespagnol, buenos clientes, le llevaron a su hijo con una herida en una mano que se produjo en una caída. —¡No tiene importancia! —exclamó Becquerel—. Una pequeña cura será suficiente. Los Lespagnol fueron dos veces más a casa de Becquerel. Luego, preocupados al ver la hinchazón de la mano, abandonaron a Becquerel y visitaron a Michel. Demasiado tarde. Michel abrió en seguida la palma de la mano y la desinfectó. Durante tres meses, el muchacho tuvo que ir todos los días a casa de Michel. Entretanto la Compañía de Seguros de los Lespagnol recibió una nota de Becquerel: veintitrés visitas, con curación. ¡Y el chiquillo aún estaba en tratamiento! La Compañía llamó a capítulo a Becquerel. Éste trató de excusarse y pretextó un error de apellido. No hubo el menor escándalo. Simplemente, la Compañía guardó el asunto en sus archivos para el caso, por ejemplo, de que Becquerel, en el Parlamento, quisiera pronunciar un discurso propugnando la nacionalización de las Compañías de Seguros... Con todo, Becquerel no perdió un ápice de prestigio y continuó siendo un gran personaje, el amigo del todopoderoso Mooreman, diputado y alcalde. Había que verlos cuando tomaban el tren de la mañana para ir a París a las sesiones del Parlamento. Mooreman y Becquerel llegaban juntos a la estación. El primero, cargado de carpetas y legajos, daba una parte de ellos a Becquerel. —Examine esto. Así trabajaremos durante el viaje. —De acuerdo. Se separaban y se acomodaban en dos compartimentos contiguos, para disponer de sendas mesitas y ahuyentar la tentación de hablarse. A través de una de las ventanillas veíase a Mooreman absorbido en áridos estudios, sumido en la lectura del Diario Oficial o de tratados de sociología y de economía política, mientras que por la ventanilla de al lado asomaba la regocijada faz de Becquerel

enfascado en la contemplación de incitantes fotografías publicadas en lujosos magazines. «Sex-Apel», «La Vie Parisienne», etc... Todos los empleados de la estación sonreían socarronamente. Becquerel hacía buenas migas con el cirujano Lequesnoy, porque éste actuaba también en política y acababa de afiliarse al partido de Becquerel. Esperaba obtener la Legión de Honor y, sobre todo, un puesto de cirujano en el hospital de una ciudad vecina para su hijo, un zote integral más apto para manejar la azada que el bisturí. Afortunadamente, el médico director se oponía a ello con todas sus fuerzas, pero la influencia de Becquerel, íntimo amigo del alcalde Mooreman, era lo bastante poderosa para hacer pesar la balanza a favor del hijo de Lequesnoy. También Templemars se había lanzado a la política con fines honestos, pero con resultados desastrosos. Había tenido la audacia de afiliarse a un partido de derechas y sobre todo de confesarlo. Eso fue el fin. La clientela obrera lo abandonó en masa. El pobre diablo pagaba su sinceridad muriéndose de hambre. Por añadidura, había cometido la imprudencia de firmar un certificado, muy poco hábil, a un hombre que trajo a su chico, un niño flacucho y mal cuidado por una nodriza sin escrúpulos. Templemars, inocentemente, había hecho constar en el certificado: «Enteritis crónica a consecuencia de malos cuidados». Al salir de casa de Templemars, el padre propinó a la nodriza una paliza monumental. Detenido, exhibió el certificado. Templemars fue citado a comparecer ante el procurador de la Republica y recibió una severa amonestación. Ello acabó de desanimarle. Hablaba de mandarlo todo a paseo, de buscarse un puesto en la burocracia y hasta llegó a lamentar no poder reengancharse en el ejército. Rosselet, cargado de años y de achaques, arrastrando la pierna y apoyándose en el bastón, continuaba recorriendo la comarca, visitando a sus tres o cuatro clientes cotidianos para ganar su sustento y el de su mujer, y obstinándose en ignorar los desesperados latidos de su corazón ya gastado y presto a dejar de funcionar. Algunas veces, Michel, por compasión, le llamaba a consulta para enfermedades de los niños. Rosselet se había especializado en estas dolencias. Había llevado una vida de intenso trabajo. Había ahorrado mucho y enriquecido. La crisis, las bancarrotas y las devaluaciones devastaron su capital, como el de todos los ahorradores. De un paquete de ochocientos mil francos en acciones, esperaba salvar unos quince mil. En uno de los más importantes Bancos en quiebra tenía un crédito por valor de trescientos setenta y cinco mil francos, de los cuales quizá recuperara un día el tres por ciento. No se puede ejercer honradamente la medicina y dedicarse al mismo tiempo a especulaciones de Bolsa. No hay tiempo para ello. Rosselet, como tantos otros, se había arruinado trabajando. Y allí estaba, pobre y digno, animoso, simulando un bienestar económico, como quien atiende a la clientela para satisfacción propia, cubriendo las apariencias, esforzándose para mantenerse erguido, alegre y perspicaz, irradiando optimismo como así lo quiere la clientela, y en el fondo, corroído por la angustia, vigilándose a sí mismo, atento a su pierna derecha cada vez más débil y preocupado porque de día en día veía y oía menos. El oído es indispensable, es el capital de un médico. ¿Qué hacer si no pudiera ya auscultar? Eso constituía la inquietud, la continua obsesión del anciano Rosselet: una enfermedad crónica, un reuma, una sordera que le dejara impotente, inválido, incapaz de ganarse la vida... ¿Qué sería de él y de su vieja compañera? ¡Sobre todo de ella! ¿Y si muriera primero dejándola sola? A veces, Rosselet soñaba con una muerte conjunta, el mismo día, una muerte piadosa que no dejara a ninguno de los dos solo en la tierra. Entretanto, seguía ejerciendo su profesión, hacía aún sus contadas visitas cotidianas, traía a su casa sus buenos ochenta francos, abrumado de fatiga, sintiendo percutir en las sienes los latidos de su corazón, apoyándose en el quicio de una puerta después de subir las escaleras, y viéndose obligado a acelerar la respiración, a ponerse las manos en el pecho y esbozar una sonrisa ante el cliente cuando sentía la muerte en el interior de sí mismo. El médico es algo así como el comediante sobre el tablado. Debe desempeñar su papel hasta el final. Y ahí estaba Rosselet, como imagen del porvenir, del destino prometido a todos los jóvenes de su profesión cuando hayan a su vez agotado su juventud en esa lucha demasiado dura, en ese terrible quehacer en que el hombre honrado apenas gana su pan, esa carrera en que uno se agota en lugar de vivir, después de haber convivido, por espacio de cuarenta años, con la miseria, la suciedad, la pobreza, la desesperante tristeza de la existencia humana cuando se aparta de las grandes leyes de la naturaleza. —¡Magnífica profesión la nuestra, a pesar de todo! —decía Templemars a Michel—. Cuando uno ve a un Rosselet, a un Roy, a todos los demás, a todos esos tipos como tú y como yo, esos cuarenta mil toubils, (Nombre que se da a los médicos franceses en el África del Norte.) de Francia y de Navarra a quienes atados de pies y manos, y con los ojos vendados (pues la consulta es eso, no te quepa duda), entregan un cuerpo ya medio podrido; cuando uno ve a todos esos médicos que podrían ganar cochinemente el dinero a espaldas y rehúsan gallardamente, no puede negarse que nuestra profesión es única. Sí. En primer lugar, nadie trabaja gratuitamente más a menudo que nosotros. Eso, de por sí, constituye ya un título de nobleza. Y observa, a migo mío, que aún en el caso de un decaimiento moral, el médico cae menos de prisa, menos bajo que los demás. Su hundimiento no es nunca total. Se agarrará a los Seguros, a las Cajas públicas, a cualquier cosa. Y, con frecuencia, de acuerdo con el miserable cliente. Una asociación entre dos miserias. Para el médico, el límite de la granjería es el sufrimiento. Son bien pocos los que lo franquean. Y es fatal. No es nuestra la culpa. Empero, no hay



que jactarse de ello. ¿Quién es testigo de los sufrimientos ajenos? ¿Quién ve todos los días, todos los días de su perra vida, lágrimas, dolores, miserias y sangre? Nosotros, amigo. Por eso los hombres más buenos se encuentran en nuestra profesión. En el campo de la política, un granuja sólo pensará en forrarse el bolso. En cambio, nosotros sólo pensamos en salvar el pellejo de los demás. A nosotros nos salva el sufrimiento. —¿Mi clientela? ¡Oh, sí cada vez va en aumento! Tenía tres mendigos y ahora tengo cinco. Michel recuerda muchas veces esas palabras de Tillery. También él podría aplicárselas. Muchos clientes pobres, de una fidelidad a toda prueba, pero que nunca pagan. Una buena mujer que le llama a las ocho de la tarde para que abra un ántrax en las posaderas de su hijo en el fondo de una cocina infecta. No hay nadie para sostener al chiquillo. La madre está atemorizada. El padre se ha ido solo al cine. O la anciana Pauline Labuire, que con sus setenta y cinco años cuida como a un niño un marido paralítico, huraño, ruin y egoísta. Michel le ha prohibido tocar agua. Ella escucha la prohibición estupefacta. ¡Los médicos se figuran que eso es muy fácil! pero ¿quién lavará los platos? ¿Quién hará la colada? ¿Quién cambiará las sábanas de la cama del viejo llena de orines? El impétigo de la vieja Pauline no se curará jamás. O se trata de la señora Daubian, que está nuevamente encinta, y a quien convendría estar acostada. Sí, pero ¿quién hará la comida mientras su marido esté en la fábrica? O es el caso de la hija de los Buccinali, unos emigrados italianos, que ha atrapado un fuerte resfriado. Michel la ausculta. Un principio de tuberculosis. Echa una ojeada a la sórdida habitación, con sus tres camas, donde los Buccinali viven hacinados con sus hijos. ¿Cómo ejercer la medicina en tales condiciones? En el piso de encima, unos húngaros, unos checos, unos marroquíes y en lo alto de la casa, los Posnowiec, unos polacos. La madre que trabaja en la fábrica de los Lausefeld, sufre una metritis ocasionada por la fatiga. El trabajo de la fábrica mata, esteriliza a la mujer. Y las que no están de ello afectadas, aprenden en seguida la manera de no poner más hijos en el mundo. Las hijas de Posnowiec trabajan, como su madre, en la fábrica de los Lausefeld, y en sus horas libres «viven la vida». La mayor va a curarse a casa de Michel de una sífilis contraída ya hace tiempo. Esos desgraciados arrancados a su sana tierra nativa se instalan en nuestro país para ser mal alojados, mal alimentados, con dinero sobrante, exceso de alcohol y contaminados por todos nuestros vicios. ¿Qué puede hacer contra eso un mediquillo de barrio, sino luchar sin esperanza? Numerosos obreros trabajan en la empresa «Construcciones Metálicas». Es una fábrica enorme. Los salarios son altos, pero el trabajo duro. De todos modos, las plazas son muy solicitadas, porque se gana mucho dinero. Se bebe un poco más de alcohol, para aguantar el golpe, y eso es todo. Pero a los cincuenta años un hombre está ya acabado. Berlequin, el ex fundidor, sabe algo de ello: a los cuarenta años, aortitis. Berlequin no trabajará ya nunca más en «Construcciones Metálicas». No obstante, no hace más que soñar en su antiguo trabajo. Sólo allí es feliz. Dos o tres veces a la semana pasa unas horas viendo trabajar a los demás y sólo entonces se olvida de su mal. —Pronto volveré a la fundición, ¿verdad doctor? —Pues claro, Berlequin. ¡NO faltaba más! También Borghere, un gigante, el atlético descargador de gabarras, había vendido su pellejo a «Construcciones Metálicas». Cáncer de estómago, a fuerza de tragar los alcoholes que para él y para tantos otros destilaba Lavaisne. La bebida le daba ánimos. ¡Cómo iba a suponer que una cosa tan buena iba a perjudicarlo! Sobre todo cuando Lavaisne subvenciona a los periódicos para que digan que el alcohol tonifica. Borghere hostiga a Michel para que éste le autorice a reanudar a su trabajo en «Construcciones Metálicas». Cuatro chiquillos son una ruina. Cada vez que Michel va a verle, Borghere insiste: —Así que podré empezar a trabajar el lunes, ¿verdad, doctor? —Todavía es pronto. Entretanto, descanse... —¿Entonces, el jueves? —No hay que darse prisa... —Bueno, el lunes... Michel se sulfura... —¿Quieres dejar el pellejo? ¡Déjame en paz! ¡No te daré el alta! ¿Has comprendido? ¡No! Borghere no se atreve a replicar. Pero una mañana se presenta en casa de Michel. Está pálido y atemorizado, pero acaba por explicarse... —Señor doctor... ¿quiere firmar esta hoja? —Esta hoja? —Sí. He vuelto al trabajo... Me aburría demasiado... Borghere, en el fondo de su gabarra, beberá un poco más de alcohol y se hará la ilusión de que a pesar de todo se defiende bien. ¡Y todas esas mujeres, esas madres que trabajan en la fábrica, esos hogares donde ya no aparece la sopa en la mesa, donde se comen bistecs con patatas fritas y conservas, donde los chiquillos se pasan el día en la calle y los hombres en las tabernas mientras la mujer atrapa una metritis, todo el día de pie ante una máquina de bobinar! ¡Y todos esos cafés, ese tabaco, esos tabucos, esas fábricas, esos cines, esa Prensa, esas tentaciones de una civilización que arruina a los hombres, y en medio de la cual, desatinado, impotente, perdido, el pobre médico de barrio se afana y lucha, sin esperanza, para tratar en vano de llevar un poco de orden, de alud, de verdad, a enjambres de miserables condenados a sumirse de nuevo, apenas curados, en su acostumbrada miseria! ¡Ah, qué tentación no visitar más que a gente rica, no atender más que a gente feliz, poder recetar lo que convenga sin tener en cuenta la pobreza, no ver, saber nada, ignorar por completo la miseria! Luego, al entrar por azar en casa de la vieja Pauline Labuire, Michel encuentra allí a Evelyne. Ha venido sin saberlo su marido y está lavando los platos. ¡Ah, por eso va curándose el impétigo de la vieja Pauline! Evelyne ni traiciona ni se desespera. Permanece fiel a su pasado. Ya salvada, no acepta en modo alguno la gozosa y falaz ceguera del bienestar. Podría soslayar muchas cosas, olvidar,

vivir como una burguesa, pero se niega a ello sin saber por qué, sigue formando parte del pueblo y va a lavar los platos a casa de Pauline. No persigue grandes soluciones sociales. Consuela con su presencia y procura ayudar al infortunado. Que los demás hagan lo que ella y todo irá mejor. Y, sin saberlo, son dos lecciones las que da a Michel: permanecer fiel a la dura realidad y realizar oscuramente su esfuerzo, sin emprender tareas de vasto alcance que de por sí justifiquen nuestra impotencia y nuestro desaliento. Daudenaerde, el comerciante de chatarra, tiene un foco tuberculoso. Michel le atiende durante tres meses. Daudenaerde mejora visiblemente, pero de pronto juzga muy lenta la curación, y, hastiado, abandona a Michel y acude a Breuil, el curandero. Por espacio de cuatro meses, los Buccinali han tenido en Michel una confianza absoluta. Y justamente cuando su hija va mejor le dejan por Seteuil, que habla en tono más fuerte, que aplica inyecciones, prescribe gran número de medicamentos a cuál más variado y da al menos la impresión de hacer algo. Algunas visitas a casa de Orlan, el panadero, un cliente fiel. La hija sufre una especie de ataques epilépticos. En su desesperación, la señora Orlan se confía en Michel. Le confiesa las taras de la familia, revela que su abuelo tuvo blenorragia «y algo peor que eso», y que ella tiene un hermano loco, internado en un nosocomio. Luego, cuando las crisis han ido espaciándose hasta desaparecer, gracias al tratamiento general prescrito por Michel, los Orlan abandonan sin más el médico que ha devuelto la salud a su hija y acuden a otro. Cuando las gentes se confían a uno y le confiesan todas sus taras, se convierten en enemigos. Le odian a uno. Los panaderos han dejado de saludar a Michel. La mujer de Verval, el tocinero, se ha puesto súbitamente enferma. Cuarenta años. Paro de la menstruación, vómitos. Probable embarazo. Sorpresa, consternación. —¿Qué va a pasar, doctor? ¿Qué vamos a hacer? Michel sonríe socarronamente... —Supongo, señora, que dentro de seis meses... — ¡Usted no se da cuenta! ¡A mi edad! mi hija tiene catorce años. ¿Qué va a decir? Silencio. El matrimonio Verval insiste. Michel hace oídos sordos. Otro cliente perdido. No volverán a llamarle. Sí, le saludarán, pero muy fríamente. Por supuesto, en casa de los Verval no nacerá un segundo hijo. Alice Toutelong, viuda de un obrero fallecido de peritonitis, acude a Michel para hacer vacunar a su hijita de tres años. Los periódicos han hablado mucho de la differia y la buena mujer está atemorizada. Al fin y al cabo, una inyección no tiene importancia... Dos días después, la pobre mujer llama a Michel. La chiquilla no se ve bien. Fiebre. Transcurren veinticuatro horas. Las piernas se anquilosan. Rigidez en la nuca. Al terminar la semana, la niña tiene una parálisis completa. Convulsiones, vómitos, ausencia de reflejos, ojos revulsivos, 140 pulsaciones. Al décimo día sobreviene el coma, la niña recobra el conocimiento, llama una o dos veces a su madre, y muere. Encefalitis vacunal. En adelante, llevará sobre sí el estigma de aquella muerte. Será el causante de la muerte de la hija de Alice Toutelong. Había advertido a la madre, desaconsejado la vacuna, hablando de accidentes posibles y hasta frecuentes que no son del dominio público, y explicando que un régimen sano y puro, el ejercicio y el aire libre serían para la niña una mejor inmunización. Alice Toutelong, hipnotizada por un artículo en el periódico, sólo creyó en la inyección milagrosa y no hizo caso de las advertencias de Michel. ¡Pero id a decir todo eso a la gente! Es preciso dejarse calumniar, perder la clientela, pasar por ser un carnicero y callarse. La gran servidumbre de la profesión es el silencio. De vez en vez, Michel ve avanzar por el extremo de la calle la enlutada silueta de la desgraciada Alice Toutelong. Entonces da un rodeo, evita su encuentro y se aleja de ella como si fuera verdaderamente culpable. Templemars se va. Abandona la lucha. Ha aceptado un puesto de médico en una explotación de minas de hulla de Valenciennes. ¡Qué más da! En la enfermería de la empresa hullera recibirá todas las mañanas la visita de ciento veinte enfermos. ¡Cuarenta enfermos por hora! ¡Un minuto y medio para cada uno! El tiempo de preguntar «¿qué te duele?» y recetar entre las ciento cincuenta pócimas aprobadas por la Compañía, el jarabe 74 y las píldoras 17. ¡Y eso es todo! Luego, el descanso, la seguridad económica. Dos mil francos mensuales, y vivienda, luz y calefacción gratuitas. ¡Qué paraíso! ¡Viva la medicina social! ¡Adiós la juventud, los reveses, la lucha, adiós la profesión apasionante, pero demasiado dura, que le permite a uno morir de hambre! Adiós la medicina. Templemars ha ido a despedirse de Michel. Seguro que está contento, muy contento, pero se marcha con un brillo húmedo en los ojos. Una tarde, al efectuar la última visita del día, Rosselet se encuentra mal. Sin decir nada, sube la escalera que conduce a la habitación de su cliente, se detiene en el rellano, se sostiene el pecho con las dos manos y cae de rodillas. Y allí muere, en la brecha, luchando hasta el final. Su anciana compañera, la señora Rosselet, vende los muebles y las joyas, y, como otras esposas de médicos, se refugia en un villorrio perdido de Flandes. Ha escogido un pueblecito cerca de Hazebrouk donde nadie la conoce. Se sabe que para vivir hace faenas de limpieza; tres horas todas las mañanas. De vez en vez, Roy y algunos de sus colegas le mandan una pequeña cantidad, acompañada de una breve carta: «Partición de honorarios», como si se tratara del importe de las consultas que antaño celebraba con ellos su marido. No debe lastimarse a quienes se ayuda. Las cosas marcharían bien en casa de Michel si Evelyne fuera más robusta. Pero se fatiga demasiado. El problema siempre latente de esa sirvienta a todas luces indispensable, pero imposible de poder pagar. Y por añadidura, Evelyne está encinta. Jamás comprenderá un hombre normal su voluntad, el valor que anima a las mujeres

cuando se trata de dar un hijo. Evelyne sufre vómitos, mareos. Dieta y una semana entera en cama. Una vez más pasa Michel unos días embrutecedores. Numerosos enfermos, un trabajo loco. Y una casa a la deriva: la cocina en desorden, la cama sin hacer, los vestidos sin cepillar. Por doquier, papeles rotos, platos sucios y restos de comida. Encima de la mesa, en el aparador y en la repisa de la chimenea se ven tazas con infusiones y caldo, se oye el roer de los ratones en todos los rincones. Michel se acuesta tarde, se levanta todas las noches tres o cuatro veces, duerme vestido y come patatas frías durante quince días, hasta que se encuentra con que están cubiertas de moho. Luego, Evelyne, tras haberse recobrado un poco, comienza a tomar alimento, sale del dormitorio, y entre dos largas permanencias en la silla de extensión dedica una hora a poner orden en la casa. El hogar parece rejuvenecido cuando una mañana, pálida y con paso vacilante, entra Evelyne en la cocina. Unos días más tarde, Michel encuentra a Seteuil, jovial como siempre, rebosando optimismo, con su negra y tupida barba y su calvicie cada vez más acentuada, que hasta le favorece dándole un porte doctoral. —¿Qué tal van las cosas? —dice Seteuil—. ¿Estás cansado? Parece que no estás en forma estos días. Sobre todo, atención a las mujeres. Ah, otra cosa. El otro día se hablaba de ti en el estanco. Yo me encontraba allí casualmente... y escuché. Amigo mío, con tus monsergas de trigo crudo, ensalada y qué sé yo más, te estás labrando una reputación deplorable. Daudenaerde contaba eso desternillándose de risa. —Es Breuil ahora quien cuida de él. —Sí, lo sé. ¡Vaya idiota! De todos modos, eso te perjudica. A propósito, debo decirte que Lespagnol... —Sí... —Pues bien, ha venido a verme. —¡Ah! —¿Qué quieres! Su mujer está hasta la coronilla de tus legumbres cocidas después de cambiar varias veces el agua y otras zarandajas por el estilo. Yo no me preocupé tanto. ¡Con administrarle inyecciones intravenosas de salicilato de sosa, estoy al cabo de la calle! Las venas saltan a la vista. La cosa es sencilla, fácil, sin ninguna complicación ni para él ni para mí. Y hablando de otra cosa ¿sabes la noticia? —¿Qué noticia? —Alguien se casa. Adivina. Pues nada menos que Ludovic, tu cuñado. Sí, Vallorge. Acabo de enterarme por un compañero de Angers. ¿Y sabes con quién? Pues asómbtrate. Con tu antiguo amorcito. Sí, con Simone Heubel, la hija del «patrón» ¡Excelente partido! Ese Vallorge irá lejos. Michel se despide de Seteuil y se va a su casa, lleno de sombríos pensamientos. La imagen de Simone Heubel no se ha borrado aún de sus recuerdos. Ve de nuevo en su imaginación aquella muchacha sana y robusta, el viejo castillo de Pruilé, a orilla del Mayenne, el espacioso parque donde corrían juntos, con Mariette y Fabienne. La vida fácil, dorada y feliz que a la sazón se le ofrecía. Lujos, dinero y una brillante carrera profesional. Todo lo que echó por la borda, a causa de Evelyne,.... Coge un atajo flanqueado de sauces. Después de atravesar el jardín, entra en el vestíbulo. Contra su costumbre no va a la cocina. Sin saber por qué prefiere no ver a Evelyne. Poco después, para consultarle acerca de un vago malestar del lado del corazón, la señora Lavaisne acude a visitar a Michel. La señora Lavaisne no gasta remilgos. Seteuil ya se lo advirtió a Michel. Ya sabe éste, pues, a qué atenerse respecto a la señora Lavaisne. ¿Quizá es por esto? Lo cierto es que se le nubla la vista, y una turbadora sensación se apodera de él cuando la señora Lavaisne se quita el corsé y le mira fijamente. Michel baja la cabeza y pasa largo tiempo escribiendo una larga receta. Se da cuenta de que hay que esperar, que una vez esté en presencia de la mujer desnuda, con los senos flácidos, su piel moteada de manchas rojizas, su vientre rasgado por la presión del corsé, sus negras y malolientes axilas, se disparará el vértigo que le había atenazado y sólo se enfrentará con una pobre carne desnuda, sincera, sin poder alguno sobre él. Pero esa espera, esa conciencia de nuestra debilidad no deja de ser un momento humillante y penoso. A causa de ello sin duda, esta noche y mientras después de cenar finge leer el periódico, singulares pensamientos embargan el ánimo de Michel. Seteuil, los chismorreos del estanco, el imbécil de Daudenaerde. Lespagnol que acaba de abandonarlo, como tantos otros, para confiar en Seteuil y en sus inyecciones... ¡Cuántos sacrificios exige, a fin de cuentas el viejo maestro Domberlé! ¡Una especie de suicidio! ¿Cómo llegar hasta el final por ese camino? Y tras esos pensamientos, otros recuerdos surgen: Vallorge y su carrera... Simone Heubel... El pasado... Lo que él habría podido ser... Y hoy mismo, la señora Lavaisne... Se siente desazonado, irritado contra sí mismo, avergonzado y presa asimismo de vagos remordimientos. ¿Serían verdad las amargas palabras de su padre: «El amor se desvanece... No se construye la vida sobre un amor...»? —¿Habré echado a perder mi vida? —se preguntaba Michel—. ¿Habré sacrificado mi vida inútilmente? He estado a punto de ceder a la tentación. De haberlo hecho mi existencia toda y mi sacrificio por Evelyne hubieran carecido de sentido. Con ello habría demostrado que había ofrecido mi vida a un ser por nada. Y, sin embargo, he estado a punto de ceder... ¿Me habré equivocado? Y he aquí que detrás de esa duda y esa angustia, la tentación surge, el egoísta e indestructible deseo, siempre dominado y siempre presente en el corazón del hombre; salvar lo que aún puede salvarse, labrarse un bienestar, no ir más allá en la senda del sacrificio... Si te has equivocado, aún hay tiempo para... ¿Qué mal harás, en el fondo? ¿Afectaría ello a tus obligaciones para con tu compañera? Con tal que le garantices la salud, el bienestar, la paz que te ha pedido... ¿No podrías, en lo que a ti concierne, vivir tu propia vida, tener tus goces personales? ¿No has dado ya bastante? ¿Porvenir, felicidad, fortuna? ¿Acaso tiene derecho a reclamarlo todo, todos los placeres de la tierra? ¿Qué daño causarías aceptando de ve en

vez una breve satisfacción sin que ella se enterara y a la cual tienes perfecto derecho? Piensa en lo que habrás echado de menos, en lo que será tu existencia cuando sea ya demasiado tarde, cuando hayas rehusado todo, cuando todo lo hayas sacrificado por nada... —¿Estás preocupado, Michel? Michel tiene un sobresalto. Evelyne ha acabado de lavar los platos y le mira inquieta. —¡No! —No lees ni hablas. ¿Ocurre algo en casa de los Daubian? —No, nada. —¿Y cómo va la pequeña Francine Ray? ¿Se ha agravado? —No, sigue igual. ¿Por qué me preguntas todo eso? — Por nada... Pensaba que... Tenía miedo de que... Evelyne vuelve a la cocina. Se cansa a causa de su estado; respira fatigosamente y de cuando en cuando debe detenerse. No, no son los enfermos lo que preocupa a Michel. Es otra cosa. ¿Cuál? Seguramente el dinero, siempre el dinero. Pero ella no puede remediarlo, no puede hacer más, pues ni siquiera se siente con fuerzas para hacer sola los quehaceres de la casa. Sólo es buena para acarrearle gastos. Sin embargo, este mes ha hecho cuanto ha podido. Los Roy han ido a visitarles. Necesitaban visillos nuevos para el comedor, servilletas y un galletero. Evelyne ha salido del paso lo mejor posible. Ha disimulado las rozaduras con adornos de encaje y los ha colocado en las ventanas ocultando los zurcidos con los pliegues. Ha convertido unos faldones de camisa, adornándolos con orlas amarillas y azules en lindas servilletas de te. Y ha renunciado al par de pantuflas que le hacían falta para comprar unas hermosas pinzas para el azúcar. Todo resultó a las mil maravillas; los Roy se marcharon encantados y Michel estuvo contento. El siguiente lunes, día del cumpleaños de Michel, él se encontró al lado de su plato el libro que tanto apetecía... Sí, ella ha hecho cuanto ha podido, y con habilidad y discreción. Michel no ha visto nada, no se ha dado cuenta de nada. Evelyne confiaba que las cosas marcharían bien, pero por lo visto él tiene grandes preocupaciones, quizá se presentan gastos imprevistos. Tal vez la criadita, la sirvienta flamenca de dieciséis años que Michel quiere tomar a comienzos del mes venidero. No cabe duda de que se necesitará, con el hijo que va a nacer, ese hijo que quizá imprudentemente ella ha querido. ¡Cuántos gastos! La culpa es suya, de Evelyne. El reproche, el remordimiento, amenazadores, obsesionantes, están presentes, prestos a surgir en cuanto asomen las dificultades: «Si Michel no se hubiera casado conmigo, sería feliz. La culpa es mía.» Termina de enjuagar los platos, por parejas, colocándolos uno debajo del otro, como le enseñaron cuando comenzó a prestar servicio doméstico. Los va alineando cuidadosamente en la escurridera, siempre de espaldas a Michel. Hay momentos en que uno se imagina ser un estorbo en la vida de los que ama, en que uno no puede evitar decirse que si desapareciera sería en el fondo una suerte para ambos. —¿Vienes a acostarte, Evelyne? —¡Oh, sí! Evelyne sigue de espaldas a él. ¿Por qué tendrá tanto trabajo? —Ven un momento —dice Michel. —¿Yoo? —Sí. Ven aquí. Evelyne se vuelve y se acerca, turbada. Evita mirarle. —Mírame. Michel la conduce bajo la luz y le levanta la barbilla. Y le dice estupefacto: —¿Has llorado? —No... —¡Tú has llorado! Evelyne reclina la cabeza sobre el pecho de Michel y rompe a llorar. —¡Evelyne! ¿Qué te pasa, Evelyne? ¿Por qué esas lágrimas? Michel ha vuelto a sentarse y sienta a Evelyne sobre sus rodillas. —¿Te encuentras mal? ¿Tienes alguna pena? ¿La salud? ¿No eres feliz? ¡Contéstame, Evelyne! ¡Me das miedo! ¡Contéstame! Ella se explica penosamente, conteniendo los sollozos: —Tengo miedo... No estoy tranquila... —¿Por qué? —Me doy cuenta de que no te faltan preocupaciones... —¿Preocupaciones? — repite Michel. —Esa sirvienta... Ese hijo nuestro... El dinero. Evelyne no ha adivinado nada. Ni siquiera lo ha sospechado. —¡Bah! —exclama Michel aliviado, en tono sincero—. ¿El dinero? ¿Y eso, qué importa? Con el trabajo no nos faltará dinero. Ya ves que la clientela va en aumento y que mi nombre se va dando a conocer. Esta semana han sido muy numerosos los enfermos. Y he efectuado una consulta con Jacquinet. ¿Acaso te parece poco que una familia me llame a mí, un médico joven, un principiante sin títulos para una consulta al lado de una eminencia? El paciente ha debido de oír hablar bien de mí, no cabe duda. »Dentro de diez años, cuando la gente se dé cuenta de que yo estoy en posesión de la verdad, que mis curaciones son definitivas, que sano a los enfermos sin inyecciones ni drogas, sin martirizarlos, ¿cuál no será mi clientela? Ya verás, Evelyne, como todo irá bien y saldremos adelante. Michel pone en sus palabras un acento tal de persuasión que llega a convencerse a sí mismo. —Vamos, ¿estás tranquila? ¿Ya no lloras más? ¿Ya se ha pasado el miedo? —Siempre tengo miedo... —murmura Evelyne. —¿Miedo de qué? —Siempre tengo miedo de que lo lamentos... Si no me hubieras conocido, si no te hubieras casado conmigo... No es posible engañar a la que se ama. Diríase que las mujeres se enteran misteriosamente de lo que pasa por nuestro corazón, de nuestras tentaciones, de nuestros desalientos. Michel permanece un instante silencioso, como si tuviera el alma al desnudo. Ella ha penetrado en sus pensamientos. Michel no se explica cómo, pero se avergüenza porque es verdad y porque Evelyne ha calado hondo. Y se le oprime el corazón al pensar en lo que Evelyne ha debido de sufrir. Lo que le atormentaba es un sueño imposible. No puede abandonarla, la toma nuevamente bajo su protección y acepta una vez más la pesada y querida carga que se impuso aquel día de su juventud y que ya no puede abandonar. ¡Sea! Irá hasta el final y renunciará a todo. ¡Aunque sea sin amor! Si es preciso parecer feliz, será feliz. Callará si es necesario callarse. Mentirá si es conveniente mentir. Todo, con tal que ella sea dichosa. Y las palabras le salen del fondo del corazón, palabras que no obstante haberlas escogido para consolarla se le antojaban

sinceras y verdaderas. —¡De nada puedo lamentarme, Evelyne! Piensa tan sólo lo que hubiera sido de mí sin ti. ¿Habrá encontrado a Domberlé? ¿Lo habría comprendido? ¿Habrá creído en él? No, en absoluto. Han sido necesarios tus sufrimientos, ha sido preciso que te amen para alcanzar la verdad. ¿No te parece bella cosa alcanzar la verdad por el camino del amor? Ignoras, además, lo que ha sido mi juventud, lo que fui, y no sabes aún de qué me has salvado. De no haberte conocido, ¿qué hombre sería yo hoy día? No creía en nada. Carecía de principios y de moral. Quizá por todo esto, para que yo me diera cuenta de cuál era mi deber, te cruzaste, Evelyne, en mi camino. A los escépticos quizá les haya bastado creer en alguien... Esta es tal vez la razón que me impulsó a encontrarte... Ya ves que no tengo ninguna queja que formular. Vamos, dame un beso. Piensa en el hijo que va a nacer y que hará nuestra felicidad... ¿Se han secado ya las lágrimas? ¿Estás ya tranquila? Mirame, Evelyne. Ella le mira, y con los ojos todavía húmedos, le sonríe. Y dice en voz queda: —Sí, ya estoy tranquila... —Entonces, dame un beso. Evelyne le da un beso en la mejilla con el que expresa toda la tristeza, la ternura y la gratitud que no se atreve a declarar. Ahora, todas las tentaciones, todos los malos pensamientos se han ahuyentado de la mente de Michel. Ningún sentimiento impuro se cobija en su alma, sólo una indefinible alegría, una sensación que no participa sin duda de la pasión primeriza, una paz, un sosiego, la certidumbre de que marcha por la senda de la verdad. Una alegría extraña, pura, suprema, inexplicable. Diríase que en este momento, en que acaba de aceptar todas las abnegaciones y todos los sacrificios, comienza a anidar en su alma un nuevo amor, purificado e indestructible. La pobre pasión humana con que se inició no era sino la ocasión, el pretexto, algo así como una asechanza tendida al hombre para obligarle a superarse. La semana siguiente, Michel recibe la visita de Vansteger, el farmacéutico, acompañado de su mujer y de su hija de cuatro años. Vansteger está hastiado de los médicos. Hace tres años que la pequeña sufre lo indecible sin que nadie acierte a curarla. ¡Un farmacéutico! Sólo Dios sabe la fe que él tenía en la medicina oficial. Alimentada con «leche seca» —leche en polvo desvitalizada mediante una desecación brutal de 150 gramos—, acidificada desde la infancia con el famoso zumo de naranja que se administra hoy día a todos los pequeños, la niña ha comenzado por padecer de enteritis, por eliminar el zumo de naranja. Un «especialista» a quien ha consultado, ha suprimido la leche, pero ha recomendado el suero y, por supuesto, el zumo de frutos ácidos. Resultado: desnutrición, enflaquecimiento. Vansteger envía a su mujer y a su hija a un instituto de Chamonix. Allí se hace vivir a la criatura en contacto con la nieve y se la alimenta a base de confituras, frutos ácidos y bebourre. Con tal régimen, la niña atrapa una osteomielitis de la mandíbula superior acompañada de septicemia. Se abren los focos de supuración, que se había extendido desde la mandíbula hasta la órbita del ojo derecho. Vacunas, inyecciones, transfusión para la cual la pobre señora Vansteger ofrece su sangre. No obstante, en nada se modifica el régimen. Se traslada al Norte a la pequeña moribunda, amenazada, además, de la pérdida del ojo derecho. Nueva intervención, esta vez por Romagnol. El cirujano practica una ablación, se encuentra con el hueso de la mandíbula literalmente podrido, hecho papilla, y lo limpia como puede, puesto que se ve obligado a poner al descubierto las meninges por debajo. Notábanse las leves palpitations del seno cavernoso de la miserable criatura. Sométese a la niña, que sólo tenía ocho meses, a un régimen por demás tóxico: carne y pescado. Y, naturalmente, zumo de frutas. A poco el hueso del talón comienza a gangrenarse y se reproduce la infección en la mejilla. Nueva y doble intervención, en la mejilla y en el talón, a lo vivo, porque la criatura no está en condiciones de soportar la anestesia. Operada con plena lucidez, y después de media hora de lucha con dos robustas enfermeras, la niña —que a la sazón contaba un año— agoniza durante tres días. A pesar de todo, se resiste a morir. Una vez más, la alimentación a base de carne y zumo de frutas le acarrea supuraciones, abscesos y, por último, una osteomielitis en el hueso del brazo. Hay que practicarle un raspado: cuarta operación. Y dos meses después, una quinta intervención en la mejilla, a pesar de una serie de autovacunas que no dieron el menor resultado. Sin embargo, en las piernas, en los brazos, en la cara, se manifiestan con frecuencia focos de supuración, que aunque alivian el estado humoral, agotan y torturan a la criatura, revelando el emponzoñamiento y la acidificación alimenticias, a lo que nadie ha prestado importancia. Finalmente, Vansteger echa por la borda la medicina escolar, prescinde de los servicios de la enfermera profesional que atascaba a la niña con sesos y filetes de lenguado y acude a ver a Michel. Michel prescribe un régimen sintético, sin carne ni pescado ni zumo de frutas. Al cabo de pocas semanas el cambio es asombroso; las fistulas se cierran, cesan las supuraciones y se desarrollan rápidamente las actividades funcionales. En algunos meses la niña aparece transformada. Una mañana, Vansteger presenta a Michel a su hijita, desfigurada por las profundas cicatrices de las intervenciones, aún un poco desmineralizada, pero alegre y resucitada. Acuden luego a visitarle una serie de enfermos. Entre ellos se encuentra una criatura de dos años a quien desde la edad de cinco semanas le aplican, bajo el pretexto de una Wassermann apenas positiva, inyecciones de arsenobenzol en las venas del cráneo, atiborrándola de jamón y seso. Un régimen progresivamente vegetariano establece el orden en un par de meses. Luego una muchacha intoxicada y aquejada de continuas jaquecas, a quien nadie ha curado y a la que se habla de trepanarla. Con tal propósito, Holmont, el

especialista, le ha hecho ya una radiografía del cerebro. Le ha introducido en la columna vertebral un trocar a través del cual ha extraído todo el líquido que baña el cerebro. En su lugar ha inyectado aire, ha «hinchado» el cráneo en bloque. Ello ha permitido obtener una fotografía espléndida. Pero la muchacha ha estado a punto de enloquecer. Otros perforan directamente el cráneo y extraen el líquido mediante un tubo cóncavo, a siete centímetros de profundidad. Otro enfermo: un chiquillo de seis años sobre el cual interesa saber si su bronquitis se complicaba o no con la dilatación de los bronquios, lo que por otra parte no debía de influir respecto al tratamiento. Dos inyecciones de morfina escopolamina. Pulverización de cocaína, varias veces, mediante un fuelle de largo pico, hasta el fondo de la laringe, hasta alcanzar la traquearteria. A renglón seguido, introducción por la boca de un tubo de metal por donde se vierte en los bronquios del desgraciado una dosis de cocaína y luego una mezcla de aceite caliente y de tintura de yodo hasta invadir todo el pulmón. ¡Un martirio insensato! El miserable rapazuelo, candidato en adelante a tuberculosis, parece un gaseado de la guerra. Y todos esos sufrimientos por culpa de una ciencia sistemática que desconoce las verdaderas causas y la unidad de la enfermedad y que cuida las dolencias de una manera loca y con procedimientos brutales. ¡Cuántos padecimientos en este mundo cesarán el día en que el médico tenga la debida comprensión! Cuando Michel piensa cuán sencilla es la verdad que tan pocos quieren entender, y en los sufrimientos inútiles que a los del paciente añade a veces la medicina, le embarga un sentimiento de cólera y al mismo tiempo de piedad infinita. Piensa en Evelyne, en el hijo que va a nacer, en las torturas que esa sabiduría le ahorra y le ahorrará. Cruzan por su mente las imágenes de la pequeña Vansteger, ya salvada, y de aquella criatura de dos años a quien se aplicaban inyecciones en las venas del cráneo y de todos aquellos seres inocentes a quienes alivia y salva todos los días. Y se avergüenza de sus abominaciones. Suceda lo que suceda, la lucha por el triunfo de esa verdad merece todos los sacrificios. Ser llamado a divulgarla, ¿no es para él un maravilloso destino? ¿Qué obra de caridad podría equipararsele? «El bien que se hace a los hombre», ha escrito Cuvier. El mismo Cristo ha dicho que había venido a la tierra para «proclamar la verdad». Michel se siente poseído por una fe nueva. Y recuerda las últimas palabras de Domberlé: ¡Lucha por la verdad hasta la muerte, Y Dios Nuestro Señor combatirá por ti! Todas las miserias y las pruebas por las que hasta ahora ha pasado y las que puedan sobrevenirle no le causan ningún temor. Sin saber por qué casi las acepta gozoso, como si en ese momento en que acepta la lucha hasta la muerte por la verdad se alzara detrás de él una sombra inmensa, desconocida y omnipotente, le tocara la espalda y le impulsara a seguir adelante. Dos días después llega a sus manos la respuesta de Domberlé, a quien había escrito. Una de esas cartas en que el viejo profeta bíblico, el tullido, el moribundo, expresa a gritos su fe en Dios, en la verdad, su fe formidable en la vida. «Tu conducta es intachable, Michel. Sigues la buena senda y posees la verdad y la vida. Sufrir para tus semejantes, enseñarles el camino de la verdad y expiar por ellos es el único orden existente. Y lo es asimismo estar solo, provocar injurias y risas, pasar por loco, vivir duramente de su profesión, permitir ser robado por aquellos a quienes se cura y se enriquece, saber de traiciones, negaciones, ingratitudes, dudas, lágrimas y agonías. Sustentarse con poco, padecer sin curarse a sí mismo para curar a los demás, y oírse apostrofar: «¡Maldice de una vez a Dios y muérete!» ¡Esta es la vida, éste es el orden! Todo esto está bien y es hermoso. ¡Esto es vivir! ¡Es llevar a cabo la misión de la verdad! ¡Bendito sea el nombre del Señor! Y aunque me enviara la muerte, seguiría esperando en Él. Lee una vez más a Job, Michel» ¿Por qué, en determinados momentos, tiene que ser un hombre viejo, achacoso, atormentado por los sufrimientos, bestia de carga del Señor, quien encuentra aún en su miseria las palabras que nos flagelan y galvanizan, que bendiciendo a Dios clama su férrea confianza en la vida, nos hace avergonzarnos de nuestros escepticismos y nos recuerda que con la inteligencia, la voluntad y la fe en Dios se salva uno y se salva el mundo? (*list of universities in riverside california*).

## **Audiolibro Cuerpos Y Almas M**

**Van Der Mersch Libro Segundo**  
**Segunda Parte Cap Tulos 4 Al**  
**5**

**>>>Haga Clic Aquí<<<**

**<https://Ensayo.icu>**